

REVISTA DE OBRAS PÚBLICAS

FUNDADA Y SOSTENIDA POR EL CUERPO NACIONAL DE INGENIEROS DE CAMINOS, CANALES Y PUERTOS

Redactor-Presidente..... Ilmo. Sr. D. Federico Rivero O'Neale, Inspector general del Cuerpo.
Redactores..... Los Sres. Presidentes de las Comisiones regionales de Ingenieros.
 D. Toribio Cáceres, Profesor de la Escuela de Caminos.
 D. Enrique Latre, Ingeniero de Caminos (Sección de Información).
 D. Manuel Maluquer, Ingeniero del mismo Cuerpo, *Secretario*.
Colaboradores..... Todos los Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos.

SE PUBLICA LOS JUEVES

Redacción y Administración: Puerta del Sol, 9, pral.

HOMENAJE Á ECHEGARAY

CIENCIA POPULAR

Nos propusimos los Ingenieros de Caminos tomar parte en el homenaje de nuestro ilustre compañero D. José Echegaray, coleccionando sus artículos científicos publicados en *El Imparcial* y *El Liberal*, y repartir gratuitamente los ejemplares de esa edición popular á las Bibliotecas públicas y Corporaciones.

Corto fué el plazo para la tarea que representaba; pero la obra se terminó á su debido tiempo, y el primer ejemplar que salió de las máquinas se entregó el sábado por la noche en la función del teatro Real al Sr. Echegaray, acompañado de los telegramas recibidos de los compañeros de todas las provincias de España, felicitándole; el tesoro de talento de un genio junto al tesoro de cariño de sus compañeros que le admiran.

Nos encargó que transmitiésemos en su nombre á todos su gratitud por el acto realizado que tenía en muy alta estima, tanto por el afecto que demostraba, cuanto por el noble pensamiento que lo había guiado de difundir la cultura, lo cual constituía su constante anhelo; nos habíamos fundido con su corazón y su pensamiento.

Publicaba *El Diario de Cádiz*, antes del homenaje:

«Los Ingenieros de Caminos nos proponemos acudir en primer término al homenaje con que España quiere celebrar el triunfo de uno de sus más preclaros hijos.

La idea que en estos momentos nos anima está condensada en los siguientes párrafos que copiamos de la circular redactada por la Comisión Central del Cuerpo:

«De conformidad con el deseo unánime manifestado por nuestra Asociación en dos Asambleas de tributar á D. José Echegaray el homenaje á que le hacen acreedor sus esclarecidos talentos, y de acudir á este acto nacional los Ingenieros de Caminos con alguna idea propia, que fuese trazo vigoroso material que perpetuase más su memoria, hemos acordado erigirle el monumento más digno de un genio: reunir los destellos de su inteligencia, sembrados en numerosos artículos científicos publicados en los periódicos: hacer una edición popular y contribuir á la idea que fué norte de su trabajo, de *difundir la Ciencia*, distribuyendo nosotros esa obra gratis entre colectividades y bibliotecas públicas, en donde se conviertan, por este mismo carácter, en nuevos centros de irradiación.

Nos asociaremos á todos los actos de carácter general que se celebren, pero llevaremos además á ellos una nota simpática, una nota propia; un algo que, al perpetuar la memoria del ilustre escritor, recordará que perteneció á nuestro Cuerpo y le dió fama; un algo que perpetuará asimismo nuestro cariño hacia él.»

Manos augustas entregarán á nuestro sabio maestro el premio que la Academia de Estocolmo le ha otorgado; todas las Sociedades Científicas y Literarias de España estarán presentes para contribuir á la mayor brillantez del homenaje; la Marina, el Ejército, la Industria y el Comercio se proponen también festejar al anciano patriota y ciudadano insigne, rindiéndole el tributo de la más entusiasta admiración y del más profundo respeto; pero nada ha de serle más grato que esos modestos ejemplares repartidos gratuita y profusamente entre las bibliotecas públicas, llevando dentro de sus páginas semilla fecunda, que arrojada en algún cerebro suficientemente preparado, contribuya á transformar la Humanidad descubriendo misteriosos desvelos para utilizar en provecho del hombre nuevos manantiales de energía.—Enrique Martínez, Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos.—Cádiz y Marzo de 1905.»

La obra, como hemos dicho, está ya hecha; falta despararrar sus ejemplares por España. Esta labor pertenece por igual á todos los Ingenieros de Caminos. Allá donde haya uno, allí estamos todos representados, á él corresponde hacer el reparto como copropietario de la edición. Aquí en la Redacción esperamos sólo las órdenes de todos. Á las Bibliotecas públicas está dedicado el libro; llegue á ellas por quienes saben y aprecian su valor, por los que luchan siempre por el progreso; caminos trazan en el ejercicio de su profesión para que circule la riqueza material, caminos tracen ahora para que circule la intelectual.

Á continuación copiamos las primeras impresiones acerca del libro recogidas en la prensa:

De *El Liberal*:

UN TOMO DE ECHEGARAY

«Ciencia popular».

Es una de las notas interesantes del homenaje.
 Novecientas veintisiete páginas de apretada lectura compo-

nen el grueso tomo de Echegaray, que se acaba de publicar. Le editan sus compañeros del Cuerpo de Ingenieros de Caminos, y en el prólogo declaran que en tan copiosa recopilación no ha entrado sino una pequeña parte de los trabajos de vulgarización científica publicados por Echegaray en la prensa. Ochenta y ocho artículos, á cual más notables, á cual más ameno, forman esta colección, en la que se declara que es una mínima parte de la obra vulgarizadora del maestro. ¡Qué mayor elogio que tal tomo y tal declaración!

Los Ingenieros de Caminos, adheridos con el natural entusiasmo al homenaje de Echegaray, concibieron á fines de Febrero la idea generosa de coleccionar algo de la obra vulgarizadora del egregio compañero que en tan diversos campos de la inteligencia y el valer triunfa sobre la general atonía y se eleva sobre el nivel común á la cima de los sabios. Y en los breves días que median entre aquel noble propósito y la presente publicación, han realizado la penosa obra con un celo, un buen gusto y una actividad que les honran en alto grado.

Aún han hecho más los distinguidos individuos del Cuerpo de Ingenieros en honor del compañero esclarecido. El libro no se vende. Es una obra de cultura que se dedica á las bibliotecas públicas, editada con rumbo y arte, exclusivamente para difundir la labor de vulgarización científica de Echegaray.

Los artículos que forman el grueso tomo que hemos recibido proceden de *El Imparcial* y *El Liberal* exclusivamente. En la rapidísima obra realizada por los entusiastas y cultos recopiladores han ayudado con la actividad y el entusiasmo que el caso necesitaba y merecía los directores de ambos diarios, y con este motivo se tributan en el prólogo á nuestro director D. Miguel Moya, elogios, que agradecemos, y se dedican elogios muy justos al ilustre periodista D. José Ortega Munilla.

Tal rapidez de la labor ha hecho forzoso el desorden; pero esto no resulta defecto en el libro.

Escribió Echegaray esos artículos sin orden ni plan, también, de su pluma ardiente nacieron, á impulsos de su gran saber, en cada ocasión que un suceso los hacía necesarios, para llevar al vulgo un conocimiento exacto de las más abstrusas verdades científicas. Y entre párrafos de galano estilo y brillantes imágenes, cautivado el lector, se iba penetrando insensiblemente de lo que cuesta años y años conocer. Nuestros lectores recordarán la mayoría de tales trabajos, de un encanto singular y una extraordinaria valía.

Al verlos ahora en el libro, consagrados como merecen en una forma más firme y duradera que esta triste efímera, pero no infructuosa, de la hoja diaria, el encanto persiste y aumenta el valor.

Por la idea noble y generosa y por la actividad de su realización, son merecedores de grandes elogios los Ingenieros de Caminos, que tan espléndidamente y con tanto fruto se asocian al homenaje de su insigne compañero. Vulgarizar la obra del gran vulgarizador es un homenaje constante á la gloria del gran español que toda España acaba de festejar.»

De *El País*:

«El Cuerpo de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos ha tenido una idea seria, provechosa, oportunísima, para rendir homenaje á su ilustre compañero y ha ideado la de editar sus trabajos de vulgarización científica, que han coleccionado en un volumen de 928 páginas.

Los trabajos coleccionados, después de una selección sabia, son 83.

La edición es muy lujosa, la impresión esmerada; en la cubierta lleva un excelente retrato del Sr. Echegaray.

La obra la dedican sus editores á las Bibliotecas públicas.

Honra á los Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos la edición de este hermoso libro.»

De *El Imparcial*, al reseñar la fiesta del Teatro Real:

«Los Ingenieros de Caminos han dedicado á D. José Echegaray un homenaje admirable. Con una rapidez invalorable, en po-

quisimos días, han reunido todos los artículos de vulgarización científica que el insigne escritor ha publicado en *El Imparcial* y *El Liberal*.

El precioso volumen fué entregado anoche al Sr. Echegaray en el teatro Real por una Comisión del ilustre Cuerpo.

Todos los Ingenieros de Caminos de España han enviado entusiasta adhesión á su compañero y maestro.»

EN EL SENADO

Solemnísimo fué el acto oficial de la entrega á D. José Echegaray del título y medalla del premio Nobel, que se verificó el día 19 del actual á las tres de la tarde en el salón de sesiones de la alta Cámara.

Desde antes de las dos, estaban ocupados todos los escaños. Los pasillos que dan acceso al salón estaban repletos. Los uniformes, entre los cuales había varios de Ingenieros de Caminos, las bandas y entorchados, daban al conjunto de la concurrencia un aspecto vistoso.

En el lugar que ocupa la mesa de la presidencia, habíase colocado bajo dosel el sillón que debía ocupar S. M.

Llegada del Rey.

Á las tres, con la puntualidad proverbial de D. Alfonso, llegó éste al palacio del Senado y entró á ocupar su puesto, acompañado de la alta servidumbre palatina y seguido del Gobierno y del Gobernador y del Alcalde de Madrid.

Habían esperado en la puerta de la Cámara la Comisión organizadora del homenaje á Echegaray, el Presidente y el Secretario del Senado y el Gobierno.

Los Embajadores y Ministros plenipotenciarios hallábanse á la izquierda del solio Real y en un sillón preferente estaba el representante de Suecia.

Al entrar el Rey en el salón fué recibido con vítores. Vestía de capitán general, luciendo en el pecho el gran collar de la Orden de los Serafines, que es la más alta condecoración de Suecia.

Presentación del Sr. Echegaray.

Cumpliendo la orden del Rey, la Comisión organizadora salió á buscar al Sr. Echegaray, quien desde media hora antes se hallaba en el despacho del Presidente del Senado.

El Sr. Echegaray vestía de frac, luciendo la banda de la gran cruz de Alfonso XII. Hizo una reverencia al Monarca, quien le contestó con afectuoso saludo, y ocupó un sillón al lado de los en que se hallaban los Ministros á la derecha del Rey.

Grandes aplausos saludaron al ilustre Ingeniero.

El Rey dijo entonces:

—Tiene la palabra el Sr. Silvela.

Y éste, después de hacer reverencia al Monarca, ocupó la tribuna de Secretarios y pronunció el elocuente y notabilísimo discurso que á continuación reproducimos íntegramente:

El Sr. Silvela.

Señor: Los buenos españoles que recogiendo un verdadero mandato de la pública opinión han organizado esta solemnidad para exteriorizar los sentimientos de entusiasmo y de admiración de la Patria hacia la figura insigne y la gloria purísima que representa el nombre de Echegaray, me han dado el altísimo encargo de dirigir la palabra á V. M. y á cuantos le rodean y escuchan en este acto. Yo he de procurar, á mi vez, recoger también en breves conceptos del corazón y del sentimiento de la Patria algunos acentos con que corresponder á esta honrosísima confianza.

Tienen, señor, las manifestaciones de la belleza artística una singular influencia sobre nuestro espíritu, produciendo en él pla-

ceres no comparables á otro alguno; porque es verdad que hay muchos que parecen más ardientes y más vivos, por herir más de cerca los sentidos, pero no hay ninguno que deje en el alma una huella tan perdurable y tan honda como estos placeres y estas impresiones de la belleza ideal, y una gratitud tan profunda hacia aquellos genios que aciertan á crear en nuestra imaginación esos personajes, hijos directos de la belleza y del arte. Así se explica que las impresiones de esta belleza produzcan en la conciencia de los pueblos un sentimiento de su propio valer, de su independencia, de su autonomía perdurable para lo futuro, más grande, más considerable, más duradero que las mismas glorias de sus grandes capitanes y que los propios heroísmos y aun martirios de sus hijos....

Trabaja el sabio para inventar y para perfeccionar los inventos de los que le han precedido, y el obrero y el industrial y el fabricante para crear y conservar la riqueza adquirida; el hombre de Estado, el jurisconsulto, el soldado, defienden los intereses de la Patria, organizan la familia, mantienen la paz, y los ciudadanos todos ellos, en esta ruda y diaria labor, sienten algo como la esclavitud á la tierra y á la naturaleza, y luchan oscuramente muchas veces contra las dificultades que éstas les crean y contra las debilidades y miserias fisiológicas propias y extrañas. Y cuando sobre esta labor que constituye la admirable y misteriosa energía del progreso humano se alza la voz de un gran artista y de un gran literato, parece como que todas las frentes se levantan del suelo y escuchan aquella palabra que viene de lo alto, que no les trae ni riqueza, ni fuerzas, ni dominación, y que, sin embargo, es recibida con una gratitud y una admiración no comparables á otras algunas. (Muy bien, muy bien.)

Es, señor, que las manifestaciones de esta belleza artística son, sin duda alguna, reflejo de otra vida, de un mundo infinito y superior á nosotros: y acontece con nuestro espíritu, cuando los escuchamos, algo parecido á lo que sucede al desterrado por largo tiempo en muy remotas tierras, ó al encerrado en oscura, apartada y silenciosa cárcel, cuando encuentra el cántico de algo que le recuerda su juventud ó su patria. Y es, en efecto, que el alma, cuando recibe las impresiones de la belleza ideal, recuerda su verdadera patria, que es el infinito, y se siente desterrado en este mundo y cautivo su cuerpo. (Bien, muy bien.)

Esta solemnidad, roleada V. M. de las representaciones más altas y más considerables del mundo intelectual español y de altas representaciones de pueblos extranjeros y amigos, no sería momento ciertamente oportuno para hacer crítica de la obra de Echegaray, aun cuando de ella se encargaran hombres que tuvieran todo el conjunto de condiciones que á mí me faltan para semejante empresa.

Pero no es hoy día de crítica; no hemos de examinar lo que la obra de Echegaray representa y significa en nuestra literatura; sólo he de decir algunas palabras sobre lo que esa obra de Echegaray ha labrado en nuestros corazones y sobre las horas en que ha levantado á nuestro espíritu y ha fortalecido con nuevas energías nuestras almas. Aparece Echegaray en un momento de nuestra historia que favorece indudablemente sus condiciones y avalora su precio, de la misma manera que el marco y la acertada distribución de la luz favorecen el mérito de las obras de los grandes pintores.

Eran los últimos días de la revolución de Septiembre cuando Echegaray desenvolvía, aun en medio del régimen que sucedió á aquélla, la mayor parte de sus fundamentales principios. Aquella revolución, señor, había sido ante todo una revolución política, no había traído nuevas clases ni nuevos elementos á la vida de España como otras revoluciones lo han hecho, porque si bien por la gran amplitud del sufragio habrían sido muchos más que en las antiguas leyes los llamados, la verdad es que han continuado siendo siempre los mismos los elegidos. (Grandes risas.)

En la juventud representaba un vago panteísmo que le inclinaba hacia la incredulidad y hacia la indiferencia; no había llegado ni siquiera el desastre á aquella medida de lo trágico que

ha distinguido y conmovido á otras revoluciones. La prensa, ensordecida por el ruido de los combates personales, había perdido aquella elevación de las artes literarias; el teatro tenía como nota predominante y principal el género bufo, que era la representación y la glorificación de lo ridículo acompañado del ruido de las ligeras músicas que la amenizaban. Se sentía por todas partes algo que debilita las energías del espíritu; las mismas clases aristocráticas habían limitado su oposición á los tonos tenues de la propaganda social, fiadas, y con razón, en la virtualidad de los principios que defendían y en los errores y las faltas de los adversarios; y en esta atmósfera de debilidad general, aparece el genio de Echegaray intentando y planeando una gran revolución en la literatura.

Una de sus notas originales es la de que el genio no ha arrojado de su cerebro el talento, como hermano inferior y despectivo, sino que los ha juntado amigablemente.

Después de haber sentido las grandes emociones de la belleza matemática, para lo cual la mayor parte de nuestras inteligencias no están lo suficientemente preparadas, pero que encierra grandes é indisputables bellezas; después de haber sentido latir bajo su pensamiento y su palabra las pasiones de las asambleas, las dificultades de los gobiernos, las luchas de las reuniones populares, se sintió con fuerzas para dominar también las pasiones que se agitan en la literatura, y por hábil y mesurada tentativa toma conocimiento y certidumbre plena de sus facultades para recorrer también aquel terreno, y lo recorrió, en efecto, de uno á otro lado, utilizando todos los medios, presentándose una vez como poeta realista, otra como adorador de lo romántico, otra, y esta es su nota más original, reuniendo el romanticismo con el realismo.

El dominio de la escena lo desenvolvió con el juego de las grandes pasiones, no sin dejar entrever con claridad su naturaleza predominante, matemática: no en cuanto á que esta naturaleza amenguara lo más mínimo el valor inmenso y casi infinito de su inspiración, sino que no se descubre en su obra dramática nada que se parezca á una tesis ó á una orientación marcada, ni en el conjunto de sus dramas, ni siquiera en ninguno de ellos. Para él todos los problemas literarios están formulados con caracteres y con pasiones que él imagina y desenvuelve sobre el plano de la conciencia humana, como sobre un encerado, haciéndolos marchar magistralmente en sus luchas y sus violencias y llegando á acometer, las más de las veces, el despejar la incógnita á la muerte.

De este modo no puede fijarse ninguna orientación determinada, en la que pudiéramos llamar la ética de su dramática; es un juego de pasiones, en el que se descubren tres caracteres principales: la pasión y la vida, la conciencia en su imperativo categórico como plano en que se desenvuelven aquellas cantidades casi algebraicas, y la solución de la inmortalidad y la fe, en que la pasión, que no halla mundo material en la tierra y que se encuentra cohibida en la estrechez de las condiciones de nuestra naturaleza humana, sigue en su desenvolvimiento á un mundo de más allá, y encuentra su situación definitiva en el infinito.

Exaltación, por tanto, ó resumen de estos caracteres principales: el sentimiento de la inmortalidad, de algo que compadece al hombre y la misión que él se impone á sí mismo en este desenvolvimiento: la de fortificar como una gran corriente eléctrica de mil voltios, las fibras del alma y del corazón humanos, dándoles con estas corrientes energías y vigor para sentir y soñar acerca de los mayores ideales y de las mayores empresas. (Bien.)

Este es el conjunto general de la obra de Echegaray. Desenvolviéndolo por diversos caminos, llega, á mi entender, á su mayor madurez en la reunión del realismo con el romanticismo, en la obra insigne acertadamente elegida para coronar su homenaje, *El gran Galeoto*.

Allí, las grandes luchas que aquel intento de revolución dramática había despertado, encontraron su definitivo combate coronado por gran victoria, porque cuando el sencillo y modesto burgués ve desde su butaca reunidos en una sola obra los gran-

des esfuerzos y las magníficas emociones de la belleza y el vigor de la tragedia griega en las escenas diarias de su vida y con los conflictos de conciencia que él ha sufrido y por los que ha pasado, la obra dramática, unida más estrechamente con la realidad, se apodera más en la conciencia del espectador, y arrastra y lleva más seguramente al aplauso.

Y esto sucede con *El gran Galeoto*, en el cual tuvieron que doblar la cerviz los que se resistían al reconocimiento de aquel genio, ante el cual tuvieron que confesar todos que había acertado de una manera extraordinaria con la pasión universal, con los problemas concretos de la vida.

En aquel momento, representaciones tan distintas como las de los tres periódicos *La Epoca*, *El Imparcial* y *El Liberal* vinieron a sancionar entonces aquel triunfo, en el que todas las clases de la sociedad española se veían retratadas unas y remedadas otras. (Muy bien; muy bien.)

Claro es, señor, que la síntesis de la poesía está en germen en la oda y en el poema, pero él las resume y abraza todas, y es manifestación literaria más propia del siglo pasado, en la cual la vida ha sido verdaderamente dramática. Porque en él se han combatido todas las instituciones, se han discutido todos los dogmas, se han penetrado todos los problemas, se ha llamado a todas las puertas, se ha convocado a todas las fuerzas del espíritu y de la materia, y esta gran obra dramática del siglo XIX ha resumido las obras líricas, que también en ellas se encierra algo singular, y siempre resultará que dicho siglo ha sido tan grande por su dramática como por su lírica.

Echegaray ha reunido esto en sus obras. Claro es que en ellas se han notado rivalidades y violencias que lastiman al espíritu, como las hallamos también muy á menudo en las sublimidades de Homero, de Shakespeare, Calderón y Lope; porque la realidad, señor, es un conjunto de lo sublime y de lo grotesco, en la poesía como en la creación y en el mundo, y los límites de esta realidad no son los límites de lo verdadero, ni siquiera de lo verosímil, no tiene más límite que el de lo posible, pero lo posible comprendiendo en esto, no los tipos ordinarios de la vida común y los conflictos frecuentes de la existencia humana, sino lo que abraza la totalidad de la realidad universal.

No pocos han notado en él flaqueza en la versificación, oscuridad en el desenvolvimiento de la acción, contradicción y nebulosidad en los caracteres. ¡Ah, señor! Son, efectivamente, muchos de sus dramas y aun de sus poemas que han tomado forma dramática, verdaderos ensueños sangrientos y pesadillas dramáticas; pero es, señor, que si se observan bien todas las grandes obras literarias, en ellas se encontrará que las constituye un principio, un pensamiento, el desenvolvimiento, el fin de un sueño.

Háblase de la rudeza de su versificación, de los defectos de sus caracteres y á veces hasta de las contradicciones de sus recursos; es verdad: todo, todo, todo se ha dicho. También se ha dicho de Shakespeare, de Calderón y de Lope: todo ello se podrá decir siempre de los grandes dramáticos.

La encina y el roble de la sierra tienen un tronco torcido, unas ramas atormentadas y bronceas, una corteza áspera, un follaje oscuro y confundido, pero al fin son la encina y roble de la sierra, y el que no comprenda su grandeza y sienta la hermosura que en ellas se encierra, busque en buen hora la belleza simétrica de la dalia, la igualdad lisa del sauce ó la tenue, pálida y descolorida de la crisantema, pero respete y sienta la grandeza y la sublimidad de los inmensos vegetales de la sierra. (Muy bien. Aplausos.)

No puede ser el drama, cuando llega á estas condiciones, un sencillo espejo plano en que se reflejan con sus exactas medidas las imágenes, porque este reflejo es siempre pálido, es siempre falto de vida; ha menester del espejo del gran dramático, que es un espejo de concentración, como aquellos espejos históricos atribuidos á Arquímedes, en donde se concentraban los rayos y producían la luz, el calor y el incendio. (Muy bien.)

Señor: España entera agradecerá á V. M. la adhesión que ha

prestado á esta gran solemnidad como representación la más augusta y permanente del pueblo español; se lo agradecerán también los espíritus que en tierras extrañas se sentirán unidos á nosotros por esa fraternidad singular que produce la común admiración hacia el genio. Vuestra majestad, honrando á un talento insigne español, que cualquiera que sean los juicios que sobre él formule la crítica ó la historia, no se podrá negar que representa uno de los más grandes varones intelectuales de nuestro tiempo, ha contribuido á exaltar los sentimientos generales de la patria, en ocasión bien elegida, cuando han sido reconocidos y proclamados por un tribunal ilustre, el primero que ha acertado á representar mejor y más afortunadamente la conciencia de la humanidad para el juicio de sus grandes hombres.

Ha sido fortuna que este premio y esta solemnidad vengan á recaer sobre un genio del arte, porque el arte es el que no nos divide, es el que con más facilidad junta á las gentes y concilia las opiniones contrarias, los criterios diversos, las escuelas enemigas, como efluvio que es de un Ser supremo que irradia la belleza sobre la tierra, produciendo en ella, hasta donde es posible, la reproducción en los espíritus de un paraíso terrenal, en el que todo es ventura, en el cual no hay siquiera un árbol prohibido para el genio, aun cuando no falte quizá alguna que otra serpiente. (Risas.)

Ha sido fortuna también que este genio literario haya dedicado su alma y su genialidad á la exaltación de la pasión y de la vida de lo que más ha menester España; de aquello que debemos procurar cultivar y alcanzar por la acción verdaderamente contagiosa del ejemplo y por la vibración frecuente de esas almas y de esos corazones que, vibrando, acrecentan indudablemente su energía.

Esta España, la mayor madre de pueblos y nacionalidades diversas conocidas en la Historia, no puede menos de recobrar esperanzas al sentir resurgir su corazón hacia lo alto, aun en aquellas almas más heridas por el desencanto y por la tristeza, al contemplar cómo nos reúne y nos convoca á todos con un entusiasmo desinteresado y sincero la contemplación de una gloria nacional, que es una exaltación de la pasión y de la vida; pasión y vida que no puede analizarse ni aun siquiera con aquella fecunda crítica de las grandezas y de las bellezas y no de los defectos y de las imperfecciones, pues la crítica de esas grandes obras ha de inspirarse principalmente en el amor, porque el amor es lo único que hace comprender la belleza.

Fijaos en el efecto que os produce la mirada de un indiferente. Apenas distinguís en ella el color de sus ojos, si son negros, azules ó pardos; pero en la mirada de un ser á quien se ama, en esa se ve hasta el fondo del alma, con toda la diversidad de pasiones y de pensamientos. (Muy bien, muy bien.)

Esto mismo sucede con las obras literarias, y sucede hoy en España con las obras de Echegaray. Se miran con amor, descubris en ellas lo que no descubriría una naturaleza indiferente, porque el amor se despierta en el alma, se cultiva y se aumenta, pero no se impone, ni se manda, ni sobre él se legisla allí donde Dios no lo ha puesto. Esto ve España en esas obras; ve ante todo y sobre todo, la exaltación de la pasión y de la vida, é instintivamente se enamora más particularmente de ellas, é instintivamente siente que están por encima en ese sentido y para esos fines nacionales de toda crítica, porque la pasión y la vida no se pesan, ni se analizan, ni se miden, sino que se sienten: se ama y se admira.

He dicho.» (Grandes aplausos.)

El Ministro de Suecia.

«Señor:

De los cinco premios creados por el testamento del ilustre sabio é inventor sueco doctor Alfred Nobel, corresponde á la Academia sueca la delicada misión de distribuir el premio para la literatura de índole idealista.

Este no puede ser adjudicado, según la expresa voluntad del

testador, más que á obras contemporáneas de condiciones pre-eminentes y productoras por sí mismas «el mayor bien para la humanidad». Si en un año se adjudica el premio á dos personalidades simultáneamente es porque ambas han llegado al apogeo de la grandeza literaria.

Por esas condiciones, y por la absoluta imparcialidad con que se discierne, este premio significa la consagración internacional de un gran talento.

Dadas esas circunstancias, era natural que la elección de la Academia sueca recayese en D. José Echegaray, heredero y continuador de las grandes y características tradiciones del drama español. Porque aunque Echegaray no profese el criterio de Calderón, puesto que como hijo de su tiempo no es amigo del despotismo ni de la inmovilidad, y sea amante apasionado de la libertad y de la tolerancia, sin embargo, sus obras respiran la misma intensidad de pasión, el mismo severo concepto del honor que distinguió á los dramaturgos españoles. Su fantasía brillante y su inteligencia artística se desenvuelven de magistral manera al despertar el terror ó la compasión, los dos eternos factores fundamentales de la tragedia, y el romanticismo y la caballería triunfan en los dramas de Echegaray; la verdadera caballería, como él la entiende: nunca comprando la felicidad por el sacrificio del deber.

Uno de sus compatriotas ha dicho de Echegaray que su teatro es «de pura casta española»; pero yo debo añadir que, sin perder nada de su carácter rigurosamente español, su criterio íntimo y su heroísmo moral salen de la esfera de su patria para alcanzar los inmensos horizontes de la vida internacional.

Por eso, con sobrada razón y con el aplauso de todo el mundo civilizado, ha sido otorgado el premio Nobel á este gran poeta, gloria de España, cuyas obras dramáticas tienen una virilidad tan poderosa y cuyo criterio se distingue por un idealismo tan elevado, que uno de los pensadores más eminentes de Alemania ha dicho de él: «Echegaray exige el cumplimiento de la justicia y del deber en todas las circunstancias.»

En *El gran Galeoto*, que vamos á admirar esta noche, dice Julián «que el mundo es prosaico y traicionero, y no se paga jamás de sutilezas de ingenio hasta tres siglos después de habérselas dicho el muerto»; pero en cuanto á Echegaray, el destino se ha encargado de enmendar esa regla general.

Sus obras recorren su camino triunfal por los mundos, despertando la admiración para el grande y fecundo poeta y para el noble y hermoso país que le vió nacer.

Es, pues, tributo de la admiración universal este premio Nobel, cuya medalla y diploma tengo el alto honor de poner en manos de V. M., rogándole se digne aceptar el respetuoso agradecimiento de la Academia sueca por tener á bien encargarse de la solemne entrega del premio al Sr. Echegaray, que lo recibirá así enaltecido, por haber su joven soberano querido ser el primero en honrar al gran español en este día de gloria.»

El Ministro de Suecia, Barón de Wedel Jarlaberg, ostentaba la cruz de Carlos III. Su discurso fué con justicia aplaudidísimo.

El Sr. Villaverde.

«Señor:

En nombre del Gobierno de España tócame decir ahora breves frases, que han de dilatar por pocos instantes este acto solemnisimo.

El reino de Suecia, cuya prosperidad científica é industrial son tan grandes, tiene hoy en su mano el influir de un modo directo en el progreso universal, por medio del reparto de uno de los premios más considerables de que se dispone en país alguno para galardonar el genio y el talento: el premio Nobel.

Es, pues, indispensable que el Gobierno muestre su gratitud á Suecia, personificándola en su soberano el Rey Oscar, que, con el respeto del mundo, rige los destinos de aquella nación.

El Rey Oscar, señor, como V. M., se ha dignado asociarse á la glorificación del genio de Echegaray.

V. M., señor, no sin causa ciertamente para ello, ha querido ser el primero en acudir á esta memorable fiesta, que fiesta grande es para España el acto que se celebra.

El premio Nobel es, propiamente, la renta de una fundación estatuida por Alfredo Nobel, hijo del famoso inventor de la nitroglicerina: esa renta se adjudica á un inventor insigne, á un poeta ilustre, á un bienhechor de la humanidad, etc., vengan de donde vinieren, sean de donde sean: que esto es precisamente lo que constituye la nota característica y más simpática de esta fundación admirable.

Este año se otorgó, por la Real Academia de Suecia, el premio Nobel á dos poetas hermanos; mejor dicho, dos hermanos en la poesía: nuestro gran dramaturgo y el restaurador del habla y literatura provenzales, el autor de *Mireillo*: Echegaray y Mistral.

De D. José Echegaray y de su obra, ¿qué podría yo decir después de las elocuentes palabras del Sr. Silvela?

En ellas ha podido V. M., y ha podido el concurso, encontrar la justificación con que se ha otorgado tan alta recompensa al autor ilustre de tantas obras maestras.

La patria española se ha asociado con entusiasmo á la glorificación de Echegaray, y la presencia de V. M., en quien encarna esa patria, es la mejor prueba de la gratitud que España siente por la altísima distinción que Suecia ha otorgado á un compatriota nuestro, por tantos conceptos ilustre como D. José Echegaray.»

S. M. el Rey.

Al recibir S. M. el Rey el diploma y las insignias del premio Nobel, pronunció las siguientes palabras, en alta y clara voz:

«Siento una profunda satisfacción al entregar á español tan ilustre este emblema de la admiración del mundo entero, con lo cual se ensalza su fama y se encumbra su nombre.» (Grandes aplausos y vivas calurosos á S. M. el Rey.)

El Ministro de Suecia acompañó entonces hasta el trono á D. José Echegaray, á quien S. M. hizo entrega de las insignias, felicitando al mismo tiempo al insigne dramaturgo, mientras se oían salvas de aplausos atronadores.

Á continuación, la música de alabarderos ejecutó el himno Real de Suecia y después la Marcha Real española. Para oírlos el Rey y todos los circunstantes se pusieron en pie, y al terminar cada una de estas dos composiciones resonaron aplausos y vítores á Suecia, á España, al Rey y á Echegaray.

El Sr. Echegaray.

«Señor: Aturdido, abrumado, confuso, sintiendo emoción como jamás sentí, acudo á este acto; porque si las emociones despiertan profundos sentimientos en el corazón, las emociones perturban las ideas y sobre todo hacen imposible la palabra. Así es que en este instante, señor, yo no encuentro más que una sola; no puedo pronunciar un discurso, una sola palabra que exprese y sintetiza todo lo que pasa en mi ser en este instante: la palabra gratitud. (Muy bien.) Gratitud, gratitud inmensa, gratitud que se extiende desde el trono augusto de V. M. hasta la clase más modesta de la sociedad española.

Gratitud á V. M. por la honra que me dispensa viniendo á presidir este acto, gratitud profunda, gratitud imborrable, y luego muchas, muchas gratitudes, yo no puedo enumerarlas todas, sería una lista interminable y monótona; verdad es que también es monótono el latido del corazón y ese latido es la vida. (Grandes aplausos.) Las iré enumerando sin orden y sin concierto, tal y como vayan brotando del corazón.

Gratitud, como he dicho, á V. M. Gratitud al Gobierno de V. M. Gratitud al digno y simpático representante de Suecia y Noruega, de quien he de decir que no es la primera vez que nos

encontramos; ya en otra ocasión me trajo una distinción muy preciada de su augusto Monarca. Este es un recuerdo de gratitud, pero es una gratitud siempre viva. Gratitud á la noble Academia de Suecia, que ha querido darme este premio Nobel. Yo bien sé que han tenido gran parte en esto, no mis méritos, que son escasos, sino los recuerdos, los respetos, las glorias de nuestra gran literatura nacional. Yo por ellas recojo este premio, y lo que representa lo consagro á los grandes dramaturgos del siglo XIX. No haré más que enumerar, que recordar algunos nombres, y todos comprenderéis que mi modestia no es fingida, que mi modestia es acto de justicia.

Todos recordaráis á Hartzzenbusch, á García Gutiérrez, al Duque de Rivas, á Bretón de los Herreros, á Ayala y á Tamayo. Estos fueron los grandes maestros que dieron honra y gloria á España; éstos fueron mis maestros, y á ellos hago homenaje de mi homenaje. (Grandes aplausos.)

Homenaje es palabra para mí muy ambiciosa; yo me contento con una más modesta; yo la llamo prueba de simpatía. Todo esto es prueba de simpatía; pero sea homenaje ó sea prueba de simpatía, si yo he dado la ocasión, modesta, pero ocasión al fin, para esta hermosísima explosión del sentimiento de España, si esto significa que aún late, que aún vibra el alma española, si esto prueba que aún existe esa sana fraternidad patriótica, si esto significa que todavía los españoles somos capaces de amarnos unos á otros (Grandes aplausos), yo no puedo decir más, no debo decir más, yo voy á concluir, y de la misma manera que el torbellino al girar vuelve al punto de partida, al punto de partida vuelvo yo, y saludo de nuevo á V. M., á V. M. que siempre con noble y generoso impulso acude á dar nuevos alientos á todos aquellos que trabajan honradamente por la patria, lo mismo al labrador que con el arado marca los surcos el terreno, que al minero que se hunde en las profundidades negras de la mina, que al obrero que vierte el sudor de su frente en el taller y en la fábrica, que al escritor que con la pluma traza las ideas en el papel ó bien penetra en las profundidades de los grandes problemas ó bien se abrasa en el fuego de su propio pensamiento; siempre está V. M. dando alientos y vida á todo el que trabaja honradamente.

Tabajemos todos en el seno de la patria española por la patria española, y voy á terminar repitiendo unas palabras que no ha mucho tuve el honor de oír de labios de V. M.: «Todo por España.» (Grandes y estrepitosos aplausos.)

Después de la solemnidad.

Era unánime la impresión satisfactoria entre cuantos asistieron á esta fiesta, que ha constituido una efemérides inolvidable en la historia de la literatura y ciencia española, que recuerda la coronación de Quintana, que se celebró en el mismo palacio de Doña María de Molina.

El discurso del Sr. Silvela, trazando en rasgos sintéticos la figura de Echegaray y el cuadro de la época en que comenzó su vida de autor dramático, es digno del gran orador que en el Senado rindió al poeta el tributo de simpatía, de admiración y de respeto que ha determinado este homenaje.

Fué también muy celebrado el discurso que leyó correctamente y con apropiada entonación el representante de Suecia.

El Gobierno, por órgano de su Presidente, dedicó elogios á Suecia, á Nobel y á Echegaray.

Las breves discretísimas palabras que pronunció el Monarca, produjeron gran efecto. Dichas con resonante voz y conmovido acento, levantaron tempestades de aplausos.

No es posible dar idea de la impresión que causó el Sr. Echegaray con su hermosa oración. Dominando los afectos que palpitaban en su alma, expresó su gratitud al Rey, á la Academia de Suecia, á cuantos han contribuido al homenaje, con palabras llenas de poesía y sentimiento. Su voz vibrante resonaba arrancando incesantes murmullos de aprobación y aplausos que interrumpían la frase.

Al terminar, la ovación fué suprema.

Y terminado el acto, el Rey se puso en pie, se acercó á Echegaray, estrechó sus manos y le dirigió palabras de cariño y de entusiasmo.

Entre felicitaciones y aplausos, no escaseados por los Ingenieros de Caminos, salió el Sr. Echegaray de la Cámara, y en automóvil se dirigió á su domicilio.

Cuando el automóvil llegaba á la calle del Arenal, aún se oían los vítores y las aclamaciones.

MANIFESTACION POPULAR

Inútil será buscar términos suficientemente expresivos con que dar idea de la importancia de la manifestación verificada en la tarde del domingo en honor de Echegaray. Respecto al número de concurrentes, no hay cálculo posible: los que habían creído que concurrirían al homenaje unas 60.000 personas, se han equivocado. El número de asistentes ha sido muchísimo mayor. La exactitud del hecho es que todo Madrid, alto y bajo, rico y pobre, ha tomado parte en la fiesta, asociándose á ella de una manera decidida y entusiasta.

Baste recordar que ayer desfilaron por delante del Sr. Echegaray en la escalinata del palacio de Museos y Bibliotecas representaciones numerosas de todos los centros oficiales, de todas las Academias y Corporaciones, de todos los Centros y Sociedades que hay en la Villa y Corte. Los estudiantes, los industriales, los gremios, sin excepción alguna, la nobleza, el ejército de mar y tierra, los Ingenieros de Minas, de Montes, Agrónomos é industriales, la prensa, los médicos, el Colegio de abogados, el Banco de España, la Compañía Transatlántica, los Ingenieros de Caminos, cuanto significa fuerza social, cohesión de intereses, organismo activo.... se reunieron ayer delante del Palacio Real desfilando en lucida y ordenada comitiva por Madrid y congregándose ante el edificio que es depósito de los tesoros, de las ciencias y de las artes, para saludar con efusivas demostraciones al gran escritor.

Así, pues, querer hacer un cálculo del número de personas que concurrieron al homenaje sería inútil. Las anteriores líneas dan idea perfecta de la unanimidad con que Madrid ha querido probar á Echegaray el respeto y la admiración que merece una vida larga y honrada que se ha consumido en el noble culto de las ideas.

En la Plaza de Oriente.

Desde antes de las dos comenzaron á congregarse frente al Palacio Real las Comisiones de los respectivos núcleos que se habían adherido á la manifestación. En grandes cartelones colgados de las estatuas de los Reyes que rodean el jardín, de los faroles y de los árboles, se indicaba el lugar en que debía colocarse cada grupo.

En los lugares determinados estaban reunidos á eso de las tres los representantes de las Sociedades y ferrocarriles, del ejército y armada, de la prensa y Sociedades artísticas y literarias, de las Cámaras de Comercio y gremios, de los centros docentes, las Corporaciones oficiales, el Ayuntamiento, la Diputación y la Comisión, los estudiantes y el profesorado.

Brillantisimo aspecto presentaba la plaza de Oriente. El día era espléndido, la temperatura primaveral. Los balcones de aquella plaza y los de las calles del tránsito estaban adornados con colgaduras y llenos de gente. Por todas partes se notaba una animación extraordinaria, y á lo largo del extenso itinerario se congregaba la población en masa.

Á las tres empezaba á organizarse el desfile, colocándose detrás de cada estandarte ó bandera el grupo que debía seguirles.

Abría marcha á la manifestación un piquete de guardias municipales de caballería.

El orden del desfile fué el ya conocido, según programa. Nada más pintoresco que aquella muchedumbre que ordenadamente avanzaba hacia la calle Mayor. Destacábanse los estandartes, banderas y pendones, que formaban, dominando las cabezas, vistosa hilera de ricos paños artísticamente bordados con los emblemas y títulos de las sociedades.

La Real familia.

En la esquina de la terraza del Real Palacio, sobre la plaza de la Armería, estaban presenciando el desfile las Reales personas. Su Majestad el Rey, que vestía traje oscuro y sombrero hongo, era saludado por los manifestantes. Contestaba él afectuosamente. Cerca de él estaba S. M. la Reina, para quien también hubo muchos respetuosos saludos. Junto á la augusta señora se veían á las Infantas doña Isabel y doña María Teresa.

El Rey, la Reina y las Infantas permanecieron allí, asistiendo con todo interés al desfile hasta que hubo desembocado en la calle Mayor el último grupo de manifestantes.

El itinerario.

La manifestación siguió por la calle Mayor, derecha de la Puerta del Sol, calle de Alcalá, plaza de Madrid y camino de coches de la derecha del paseo de Recoletos, hasta llegar al palacio de Museos y Bibliotecas.

En todo este larguísimo trayecto la muchedumbre era infinita. En algunos puntos se aglomeraba en tal cantidad la gente, que era difícil avanzar.

Casi todos los balcones estaban adornados de colgaduras. Habíalas también en el Consejo de Estado, Gobierno civil, Ayuntamiento, REVISTA DE OBRAS PÚBLICAS, Banco de España y en todos los Círculos establecidos en aquellas vías.

Muy pocas veces, con ocasión de solemnidades oficiales ó de otros actos públicos semejantes, ha habido tal profusión de colgaduras, ni aun cuando urgentes recados de la autoridad invitaban al vecindario al adorno de los balcones. Y para que ocurra lo que el domingo ocurrió, ha bastado que en los periódicos se publiquen dos líneas invitando á asociarse de este modo al homenaje á Echegaray.

Desde la plaza de Oriente figuraban en la manifestación una representación de los Ingenieros de Caminos, entre ellos, varios Inspectores generales y los Profesores de la Escuela.

En la Puerta del Sol, al pasar la comitiva, bajaron de su domicilio social todos los demás compañeros residentes en Madrid y los que ostentaban representación especial de provincias, precedidos de una bandera española en que figuraba el escudo del Cuerpo con el lema «Ingenieros de Caminos Canales y Puertos» y cuatro peones camineros. Se incorporaron al final de la comitiva, en el puesto de honor.

Al pasar por delante la bandera, los alumnos de nuestra Escuela la saludaron con entusiastas aplausos, estableciéndose espontánea relación de simpatía entre los que fueron alumnos y los que serán Ingenieros.

D. Amós Salvador, D. Pablo Alzola, D. Emilio Ortuño, los Sres. Inspectores y Jefes, iban al frente de los Ingenieros de Caminos.

Durante el trayecto recibieron en varias ocasiones muestras de simpatía.

En el Palacio de Museos y Bibliotecas.

Más de una hora tardó en llegar el principio de la manifestación al Palacio de Museos. Cuando el primer estandarte entraba en el recinto del jardín de aquel edificio, aún estaban pasando por delante de Palacio las últimas Sociedades.

Habíase organizado el desfile de manera que cada Sociedad

ó grupo entrase por la primera puerta de la verja, subiendo la escalinata hasta el primer rellano, donde se encontraba el señor Echegaray con algunas personas de su intimidad y con varios miembros de la Comisión organizadora. Una vez cumplimentado el Sr. Echegaray por la presidencia de la Sociedad correspondiente, el estandarte era conducido á la parte alta de la escalinata, donde quedaba hasta el fin de la manifestación. La Sociedad ó grupo correspondiente debía salir por la segunda puerta de la verja, y entonces se daba acceso á la Sociedad ó grupo siguiente. Tal era el plan; pero la realidad se impuso, y como muchas de las personas que debían haberse retirado del recinto del jardín se quedaban allí para presenciar el resto de la fiesta, la aglomeración fué creciendo hasta el extremo de ser difícil el acceso á la escalinata.

El Sr. Echegaray había ido en automóvil al Palacio de Museos á las tres y media de la tarde y cuando iba á llegar el primer grupo de manifestantes se colocó ante una serie de sillones que ocupaban la parte posterior del primer descanso de la escalinata. Detrás de los sillones hallábase la esposa del Sr. Echegaray y otras personas de su familia.

Las Comisiones subían á saludar al Sr. Echegaray. Éste daba gracias y estrechaba las manos que se le tendían, y los estandartes idan colocándose, como ya hemos dicho, en la parte superior de la escalinata. El número y variedad de colores de ellos formaba un artístico remate de la espléndida gradería. Nada más bello que esta reunión de las insignias de las Asociaciones, escuelas, Academias y gremios. La fotografía habrá, sin duda, reproducido el cuadro; pero habrá de faltar en él el color, que era ayer lo dominante en la aglomeración de estandartes y banderas.

Á todo esto, toda la gran extensión del paseo de Recoletos, en cuanto alcanzaba la vista desde la escalinata, estaba henchida de público. Era aquello un mar de cabezas, un conjunto apiñado, una muchedumbre compacta. En los árboles había racimos de muchachos que se habían encaramado en las ramas para divisar á su sabor la interesante escena. Habiéndose interrumpido la circulación de coches y de tranvías, los espectadores no tenían que sufrir otra molestia que la de la excesiva abundancia de gente y la del calor de la tarde, propio de una de Mayo.

Cuando llegó el grupo de estudiantes, numerosísimo, como ya hemos dicho, alborozado y vibrante de entusiasmo, se produjo allí una escena inolvidable. Millares de estudiantes saludaban á Echegaray. Los vitores y los aplausos no se acababan nunca. Dábanse vivas al sabio, al Ingeniero, al artista, al autor dramático, y como el insigne poeta permaneciese descubierto, recibiendo en su calvo cráneo los ardorosos rayos del sol, la juventud escolar, llena de ternura para el maestro, gritaba: «¡Que se cubra D. José!» Éste se negó á hacerlo, abrazó á los que subieron á saludarle y les dijo varias palabras de reconocimiento.

El gremio de cerrajeros y herreros de Madrid entregó al señor Echegaray un mensaje que encabeza un excelente retrato del insigne dramaturgo.

Al pasar la Sociedad de Actores, suenan nuevos vivas á Echegaray, que son contestados con frenético entusiasmo.

Cuando desfilan los socios del Ateneo se oye un grito que dice: «¡Viva el gran cacharrerol!»; con que se alude á que Echegaray ha sido y es concurrente en el viejo y en el nuevo Ateneo al salón que se llama la Cacharrería.

Subió la escalinata la Comisión del ejército. El ilustre general Cerero, en representación del mismo, le entregó las insignias

nias de la gran cruz del Mérito Militar que S. M. el Rey le ha concedido y le ciñó la banda.

* * *

Aún quedaban á Echegaray otras emociones grandes.

Una de ellas fué la llegada de la Comisión numerosa y brillante del Cuerpo de Ingenieros de Caminos á que pertenece, y lo estima como honra principal de su existencia. Al frente de ella iba el ilustre ex-Ministro D. Amós Salvador. Al verse Echegaray rodeado de aquellos brazos que le estrechaban, de aquellos rostros en quienes recordaba á compañeros y á discípulos, una impresión de dulce sentimiento embargó su alma, y el anciano, á quien fatigan en demasía tantas demostraciones de cariño y de admiración, dijo frases entrecortadas en que se evaporaban el sentimiento delicadísimo de la juventud perdida, el recuerdo de los primeros años pasados en duros estudios en la ilustre Escuela honra de España.

* *

Otras varias Comisiones fueron desfilando, y los aplausos y los vítores se sucedían, y aquello parecía que no iba á acabar nunca. Los que rodeaban á Echegaray estaban ya temerosos de que tan recia prueba no acabara con el vigor inverosímil del anciano. El sol caía con fuego estival, y D. José, con la cabeza descubierta, convulso, nervioso, realizaba, sin duda, uno de esos milagros de voluntad que han honrado su vida.

Faltaba, sin embargo, el momento decisivo, el instante supremo.

Lo: discurso.

Eran las cinco y media.

El Sr. Canalejas, con el sombrero en la mano, empezó su discurso. Difícil es hablar ante un público congregado al aire libre, pero es mucho más difícil cuando ese público lo forman muchísimos millares de personas á buena parte de las que no puede llegar la palabra que ansían oír y que, en su impaciencia, no se resignan.

Canalejas dominó el tumulto y en medio de un silencio absoluto, hizo la dedicatoria de la manifestación popular realizada en términos dignos de su alta fama de maestro de la tribuna.

No había allí taquígrafos, no era posible que los hubiera, porque la estenografía necesita el reposo del salón cerrado. Sólo como síntesis de lo que dijo el Sr. Canalejas, reproducimos estas líneas:

«Varón ilustre, honra y prez de la gente hispana, salud. Venimos á traeros un mensaje de la nación entera, simbolizada por todos sus elementos, que han desfilado ante vuestra vista como emblema de grandes, de consoladoras esperanzas.

La juventud hermosa, que es aliento y vida de la patria, viene, rindiendo homenaje, unida á los grandes maestros á que está consagrada la dirección de un pueblo.

Al cruzar las anchurosas calles, nos acogían con bravos y aplausos de entusiasmo, que no iban dirigidos á nosotros; eran á Echegaray á quien se destinaban, y los balcones no se hallaban engalanados sólo con tapices y vistosas colgaduras; que eran su mejor ornamento las hermosas mujeres de esta tierra española, que anhelan despertar á nueva y más fecunda vida.

España, enalteciendo á un hombre, se enaltece á sí misma, y un pueblo así es digno del artista á quien rinde homenaje sólo porque supo honrar sus méritos señaladísimos.

Acabamos de ver á un veterano general enalteciendo á Echegaray en nombre de los soldados, acto conmovedor, complemento de los anteriores entusiasmos, y ello prueba el perfecto acuerdo de todos para honrar al sabio, en el que se destacan durante su laboriosa vida el amor á la verdad, que es la Ciencia; el culto á la belleza, que es el Arte; el esfuerzo constante y pe-

noso que significa el trabajo, y esta inmaculada honradez y ascetismo, símbolo de todas sus virtudes.

Estas hermosas y sentidas manifestaciones demuestran que España va obteniendo el respeto universal por el trabajo de sus grandes literatos, por los esfuerzos de sus grandes hombres de ciencia, y hoy Echegaray, Galdós, García, y Ramón y Cajal, dan prueba de esta verdad, y en Suecia, Alemania é Inglaterra, al rendirles el tributo debido á sus méritos, dan á entender que en no lejano tiempo Europa entera aclamará á nuestro país por el esfuerzo de trabajo de sus hijos.

Gracias á todos, y digámosle á Europa que en la fiesta de hoy están concentradas las aspiraciones de todo el país para caminar por la senda del progreso, para engrandecimiento de la patria y para conseguir que España vuelva á ser grande y poderosa.

Ojalá que nuestro insigne Echegaray viva mucho, para que, regenerada y engrandecida España, sea la inspiración del cantor tan grande como la reconstitución de la patria.»

(Grandes aplausos.)

* *

Después habló el Sr. Echegaray, y lo hizo con vibrantes entonaciones de la más cálida elocuencia.

«¡Pueblo de Madrid, españoles! Siempre he tenido el valor necesario para cumplir mis deberes, y si nunca lo hubiera tenido, ahora me lo inspiraría la banda insigne que el ejército español ha ceñido á mi pecho. Sin embargo, me declaro vencido en este instante, y es que la alegría vence lo mismo que el dolor. (Grandes aplausos.)

¡Homenaje á mí! ¡Porque amo el trabajo y tengo fe en el trabajo! ¡El trabajo lo amáis todos vosotros! ¿Qué es el trabajo de un hombre ante el trabajo de un pueblo? ¡Homenaje, sí, homenaje al trabajo del pueblo!

¡Porque amo la verdad! Pero ¿quién no ama la verdad? ¿Quién prefiere descender al fondo de un pozo, donde la verdad se esconde perseguida, á escalar las cimas donde el sol la adora? Todos amáis la verdad como yo la amo.

Hablaba el Sr. Canalejas de mi cariño, de mi amor á la belleza. ¿Qué es la belleza que yo pueda fingir comparada con la belleza de la masa popular? Al pueblo, sí, ¡homenaje!, que él representa y crea la belleza. (Muy bien. Aplausos atronadores.)

Para concluir, porque me falta voz, aunque no me falta corazón para abrazaros á todos; para concluir, porque se trata de homenaje, ¡mirad dónde estamos! (Señalando la Biblioteca.) Ahí está recogido el trabajo de muchos siglos, el trabajo del genio español. ¡Cuántas letras, cuántos pensamientos, cuántos dolores hay en el interior de esas bóvedas!

¡Homenaje, sí, á la gloria de España, y para crear una nueva España trabajemos todos unidos, la mano en la mano, el corazón junto al corazón, y no yo, aquí, subido en esta escalinata, y vosotros abajo, sino todos á nivel, en la gran nivelación, que es la nivelación de los corazones!»

El Sr. Echegaray fué objeto de una tremenda ovación.

* *

Y comenzó el desfile, que fué lento, lentísimo. El júbilo público se mantenía flotando en los aires como un astro de esperanza. Nadie quería arrancarse de aquella colectividad que había comulgado en los supremos y deleitosos placeres de una fiesta que no se borrará nunca de la memoria de los que la presenciaron.

Al fin fué disminuyendo el gentío, y D. José Echegaray pudo salir del palacio de Museos y Bibliotecas.

EN EL ATENEO

La solemnidad académica.

Buen espacio de tiempo antes de comenzar el acto, hallábase el salón rebotante de gentes, figurando entre ellas importantes personalidades y muchos Ingenieros de Caminos.

A las diez y cuarto presentóse el Rey, con uniforme de Capitán general.

Abierta la sesión por el Monarca Don Alfonso, procedió á dar lectura de la siguiente carta D. Serafin Álvarez Quintero, que es, por cierto, lector excelentísimo:

El maestro de Echegaray, D. José Morer.

«Sr. D. Miguel Moya:

Mi distinguido amigo: En nombre de la Comisión encargada de organizar el homenaje á Echegaray, me pide usted que, como profesor que he sido de tan insigne matemático desde los comienzos de su carrera de Ingeniero, refiera á usted la impresión que en mi ánimo produjo el encontrar entre mis discípulos uno de tan poderosa inteligencia y de tan insaciable amor al estudio; y voy á satisfacer petición que tanto me honra, si bien he de deplorar no poder hacerlo en los términos que yo deseo, por la deficiencia de mis medios de expresión.

Conocí personalmente á Echegaray cuando entró como alumno en la clase de Geometría descriptiva, que yo desempeñaba en la Escuela de Ingenieros y Arquitectos; pero sus condiciones intelectuales no se revelaron para mí hasta que le llamé á exponer una lección en la que aparecían las primeras dificultades de la asignatura.

Á pesar del transcurso de más de medio siglo, no he olvidado el efecto que aquella explicación me produjo. Fué tan clara y exacta y completa, que no hube de rectificar un solo concepto, ni añadir una palabra: no fué la explicación de un discípulo aventajado, sino la de un maestro que domina la materia. Comprendí que aquel alumno no debía sujetarse á la misma disciplina que los demás de la clase y le indiqué textos, libros y Memorias de consul a donde pudiera ampliar sus conocimientos. Este primer juicio mío fué corroborado y plenamente confirmado en las lecciones sucesivas, y desde entonces preví los triunfos que en el terreno de la ciencia aguardaban á Echegaray, y establecí con él una relación, casi diaria, que bien pronto se convirtió en cariñosa amistad, y durante los cinco años que Echegaray permaneció en la Escuela, frecuentemente, así en el café, como en el paseo y hasta en los intermedios de la ópera, hablábamos de cuestiones y problemas matemáticos, problemas que Echegaray resolvía siempre de una manera brillante, porque ya en aquella época, ni el Análisis ni la Geometría tenían secretos para él.

Terminados sus estudios en la Escuela, Echegaray obtuvo el nombramiento de Ingeniero y fué destinado á la provincia de Almería; mas claro es que el puesto de Echegaray en el servicio del Estado se hallaba en el profesorado de la Escuela, y á ese puesto fué destinado algún tiempo después. En él desempeñó las clases más importantes, dejando huellas luminosas de su paso en todas ellas.

Con gran satisfacción recuerdan los Ingenieros que tuvieron la fortuna de ser sus discípulos que cuando se presentaba alguna teoría muy complicada y de difícil comprensión, Echegaray dejaba el sillón de profesor, subía al encerado, cogía el yeso, y después de pronunciar la frase invariable de «fijemos bien las ideas», valiéndose de figuras y líneas que trazaba en el encerado, hacía una exposición y una explicación del asunto completamente nuevas; pero tan claras y luminosas que penetraban fácilmente en el cerebro de los discípulos menos aventajados.

En esta época empezó Echegaray la publicación de sus obras y escritos científicos, que con cortos intervalos ha continuado hasta el presente. En varias de ellas expone las teorías más

elevadas del Análisis y de la Física, con la precisión, la claridad y el dominio de la materia, que son el sello característico de todos sus escritos.

El último apenas cuenta tres años de fecha, y es un verdadero trabajo de atleta de la ciencia. En él aborda Echegaray el problema de los problemas en el campo de las ciencias físico-matemáticas: el de la aplicación de las leyes de la Mecánica racional á la afinidad atómica y molecular, es decir, la transformación de la Química actual en una ciencia matemática, como se ha logrado hacerlo ya con las teorías de la electricidad, el calor y la luz. Pero las dificultades que al intento se presentan son tales, que hasta hoy los primeros genios científicos del mundo sólo han vislumbrado alguno de sus más sencillos principios. Echegaray, reconociendo la inmensa dificultad del problema y presintiendo que tal vez hayan de transcurrir siglos antes de su completa resolución, establece la hipótesis y los cálculos de que hay que partir para conseguirlo, y su Memoria, aun tratándose de materia tan difícil y obscura como la constitución íntima de los cuerpos, es una verdadera maravilla de precisión y claridad.

Todas estas obras son de un carácter puramente científico; pero en 1861, y con motivo de la ejecución de una de las más importantes obras del mundo, Echegaray escribió una Memoria, no como profesor ni académico, sino como Ingeniero peritísimo, demostrando que si expone magistralmente los principios y las leyes de la ciencia pura, sabe también aplicarles á la resolución de los á veces gravísimos problemas de carácter práctico que aparecen siempre en la realización de las grandes obras de la ingeniería.

Del origen y objeto de la Memoria debo dar á usted cuenta, porque con ella obtuvo Echegaray un legítimo triunfo en su profesión de Ingeniero. He aquí el caso:

En el año 1858, los Gobiernos de Francia y del antiguo reino del Piamonte emprendieron la ejecución del gran túnel de Mont-Cenis, con el objeto de enlazar entre sí directa y rápidamente los ferrocarriles de sus respectivos países, que se hallaban separados por la colosal muralla de los Alpes: el túnel debía atravesarla en todo su espesor de 12 kilómetros, quedando á más de 1.600 metros bajo la cresta de la montaña.

Tan enorme profundidad originó la dificultad capital de la obra, porque no dejaba á los constructores más puntos de ataque para abrir el subterráneo que las dos bocas separadas por una distancia de más de 12 kilómetros y situadas, respectivamente, en las vertientes francesa é italiana.

En tales condiciones la perforación del túnel por los procedimientos hasta aquella fecha conocidos y empleados, exigía de treinta y ocho á cuarenta años de trabajo incesante, y era, por tanto, indispensable adoptar un nuevo sistema de ejecución que redujese considerablemente aquel larguísimo plazo. El problema, dadas las especiales condiciones en que se practica la excavación de los túneles, presentaba muchas y muy graves dificultades, y sólo después de largos estudios y experimentos le dieron solución los eminentes Ingenieros italianos que dirigían los trabajos, ideando para llevarlos á cabo máquinas, mecanismos y hasta útiles completamente nuevos y diferentes de los entonces empleados.

La magnitud de la obra, su novedad—pues era la primera de su clase que se construía—y las grandes dificultades de su realización, motivaron la visita de Ingenieros y Comisiones de todos los países, y la Dirección de Obras públicas en 1860 dispuso que Echegaray, acompañado de dos de sus discípulos y aprovechando las vacaciones del verano, visitase también los trabajos del túnel y diera cuenta de su estado y marcha progresiva.

Cuando la Comisión llegó á la obra, la encontró en un lamentable estado de atraso; ni uno solo de los nuevos aparatos funcionaba; la mayor parte no se habían armado todavía y la operación de barrenar la roca se hacía á mano, como en los túneles ordinarios. Mucho hubiera podido suplirse con los planos y Memorias de los Ingenieros que dirigían la obra; pero éstos se encerraron en una absoluta reserva en todo lo que al túnel y

y al sistema de su ejecución se refería, y la misión confiada á los Ingenieros españoles hubiera resultado infructuosa, á no haberla presidido Echegaray.

Este, sin más datos y noticias que los recogidos en una inspección ocular de los escasos trabajos allí ejecutados y de algunos aparatos que estaban montándose á su llegada á la boca del túnel, escribió al regresar á Madrid la Memoria antes citada, que elevó á la Dirección general, y en ella, supliendo con la lógica inflexible de su poderosa inteligencia cuanto no existía en la obra cuando la visitó, describió por completo todos los aparatos y mecanismos como si los hubiera visto funcionando; calculó su efecto útil; expuso le marcha que había de seguirse en los diversos períodos del trabajo y redujo á su justo valor las oposiciones que á la perforación del túnel y á la manera de reallizarla se habían presetado.

Tres años después desaparecía el secreto que guardaban los Ingenieros italianos, y multitud de revistas técnicas publicaban cuantos datos y noticias podían desearse acerca del túnel y de los procedimientos de su ejecución. Entonces quedaron completamente comprobados las previsiones y cálculo de Echegaray; las pequeñas diferencias que en ciertos detalles se observaban eran debidas á modificaciones que los mismos autores de la obra habían introducido posteriormente en vista de los resultados obtenidos en los primeros años de trabajo.

Á su regreso de Italia, Echegaray continuó en el profesorado de la Escuela, hasta que la Revolución de Septiembre le llevó á la Dirección de Obras públicas y al Parlamento, poniendo término á sus servicios como individuo del Cuerpo de Ingenieros.

Su primer discurso en el Congreso de los Diputados lo elevó al Ministerio de Fomento, y aquí comenzó su breve vida política, terminada cuando hallándose pocos años después al frente del Ministerio de Hacienda se reveló de repente escritor dramático capaz de emocionar profundamente al público con las creaciones de su fantasía. Pero de estos diversos aspectos de la vida de Echegaray, sólo diré que quien como él explica un día una lección sobre las funciones abelianas ó escribe un artículo de la teoría matemática de la luz, y al siguiente crea *O locura ó santidad* ó *El gran galeoto*, y tal vez en el mismo día pronuncia un elocuente discurso acerca de la forma poética ó sobre un punto de la Economía política, ese es un hombre extraordinario, una gloria de la patria, á quien todos debemos rendir un fervoroso tributo de profunda admiración y cariñoso respeto. De usted afectísimo amigo q. s. m. b.,—José Morer.»

Garta de Valera.

Á continuación, el Marqués de Villasinda leyó esta carta de su ilustre padre, D. Juan Valera, cuyo texto es como sigue:

«Excmo. Sr. D. Segismundo Moret.

Ilustre jefe y bondadoso amigo mío: En grandísimo apuro me pone el insistente empeño de usted en que yo le escriba una carta adhiriéndome al homenaje que va á prestarse á D. José Echegaray. Y no porque yo no le apruebe ni aplauda, no porque no le juzgue conveniente y merecido, sino porque me considero falto de autoridad para escribir mi visto bueno en el documento ó pasaporte que ha de darse al mencionado escritor, para que suba al templo de la gloria y entre en él triunfante y tome en él perpetuo y legítimo asiento.

Es verdad que yo tengo no poca culpa del compromiso en que ahora me veo, ya que desde hace años he tomado públicamente el oficio de crítico literario, por donde usted, y aun cualquiera otra persona, tiene derecho para pedirme parecer. Las razones que tengo para excusarme de darle, confieso que son algo enrevesadas y en apariencia no muy valederas. Yo he criticado siempre más como aficionado que como profesor, aspirando, no á enseñar nada á mis lectores, cuando los tenía, sino á entretenerlos un rato con mi charla. Harlo se conoce en cuanto yo he escrito lo poquísimo que me fío de mi criterio y de mi

ciencia. En general, no me siento hábil para juzgar á nadie. Para juzgar á Echegaray, mi inhabilidad es mayor todavía.

De sus conocimientos matemáticos y de lo que sabe sobre las leyes, virtudes y fuerzas de las cosas naturales que llenan el universo visible y le dan movimiento y vida, ¿qué podré yo decir que nada sé y que nada apenas he estudiado? Para mí, que nunca aprendí de todo lo dicho más que lo que aprendería cualquier aspirante al Bachillerato, sobre todo si en nuestra nación tuvieran la manga menos ancha los examinadores, las teorías modernas de la física, la geometría superior, el cálculo de variaciones, los problemas de geometría analítica, la teoría de las determinantes, la resolución de ecuaciones de grado superior, las funciones elípticas y la teoría matemática de la luz, son terrenos cercados de infrangible muro; son laberinto sin Ariadna que me dé hilo para guiarme por él; son, en suma, tan impenetrables como el Libro de los Siete Sellos de que nos habla el Apocalipsis.

Pero no se trata aquí, se me dirá, de juzgar á D. José Echegaray como hombre científico. Se trata sólo de ensalzare y de tasar su mérito como literato. Para esto, se añadirá, no tienes excusa con que inhibirte, ya que, sea como sea, te has empleado en criticar á no pocos otros autores durante muchos años.

Es cierto, responderé yo, y hasta me sentiré inclinado á arrepentirme de mi ligereza y atrevimiento.

Valgan, no obstante, en mi abono y para que se me absuelva de mi pecado, mi afición á las letras y el desenfado y la escasa formalidad con que he hablado siempre de ellas y nunca *ex cathedra*, aunque con el buen propósito de dar á conocer al público aquellas producciones que, en mi leal, aunque corto entendimiento merecían ser más estimadas, y lo eran poco ó no lo eran. De aquí que yo siempre he aplaudido con entusiasmo, y rara vez he censurado con dureza. Mi crítica ha sido para los principiantes, movido yo por el afán de darlos á conocer: alentado á menudo, permitaseme la jactancia, porque el público ha venido más tarde á confirmar mis aplausos y mis juicios, otorgándolos á mis ahijados ó recomendados.

Por desgracia, de cuantas son las artes que se ejercen por medio de la palabra, las dos más importantes acaso, las que tienen mayor influjo en la sociedad, las que ponen en más estrecha y poderosa comunión el alma del artista con el alma de su pueblo, son las que yo conozco menos y sobre las que menos he disertado. Son las artes en cuyo ejercicio resplandece más D. José Echegaray, mostrando su raro talento y su imaginación vehemente y lozana. Son la oratoria y la dramaturgia.

Mi notoria incapacidad para hablar en público, para exponer con claridad y corrección al menos, un solo pensamiento ó una idea, me hace más propenso á admirarme de los buenos oradores. En este número coloqué yo á D. José Echegaray desde que le oí por vez primera, tal vez cerca de medio siglo hace, cuando pugnaba por el libre cambio y por otras doctrinas de progreso la juventud intelectual de entonces, en la que descollaban Emilio Castelar, Cristino Martos y el cultísimo, elocuente y discreto Gabriel Rodríguez, cuyo espíritu abierto á toda luz de verdad y hermosura, comprendía y amaba con igual virtud y amor, así la poesía como la música, y tan poderosamente la jurisprudencia y toda doctrina política, como las Ciencias Exactas y Naturales.

Echegaray brillaba ya en medio de tan egregios competidores, y por este brillo podía columbrarse y preverse su envidiable y futura nombradía.

Sus bellos discursos durante la Revolución en el seno de las Cortes Constituyentes, le acreditaron más de orador y le llevaron á ser Ministro de Hacienda.

Siéndolo, y cuando menos podíamos presumirlo los que no teníamos la satisfacción de vivir en su intimidad, Echegaray nos sorprendió, apareciendo como excelente, original y aplaudido dramaturgo, cuando se presentó en el teatro su primera obra, *El libro talonario*.

Desde entonces hasta ahora, casi retirado de la vida política,

en la que sin duda hubiera podido ser uno de nuestros más importantes adalides y jefes de partido, Echegaray se consagró con amor al arte dramático, rivalizando sólo en su espíritu con amor tan fecundo y creador de hermosura el ya inveterado y constante en él de la ciencia, para cuya divulgación, hasta donde es posible divulgarla, le valía y le vale la nitidez insuperable y la rara amenidad de su fácil y pintoresco estilo.

Pero ¿qué he de decir yo de todo esto, sino que me parece muy bien?

Menos aún acertaré yo á decir de los sesenta y cuatro ó setenta dramas que D. José Echegaray ha compuesto y que forman su rico repertorio. Yo apenas voy al teatro. En el día de hoy, no voy nunca. Estoy ciego, algo sordo y torpísimo para andar y trasladarme de un punto á otro. ¿De qué podría yo servir en el teatro sino de estorbo? No se extraña, pues, que yo no haya visto representar sino, cuando más, tres ó cuatro de las muchas producciones dramáticas de Echegaray. Aun estas mismas no he podido estudiarlas con atención, no me las he hecho leer repetidas veces y no he adquirido, en suma, la información conveniente para juzgarlas y calificarlas con la debida justicia, aun suponiendo que tuviese yo la aptitud y la férula que para ello se requieren. Bástame, con todo, para justificar el triunfo que hoy á Echegaray se concede, para tomar parte en él, figurando en lo más modesto de la comitiva y para tenerle por más que merecido, la consideración de que durante el último tercio del siglo XIX y durante los años que van del siglo XX, nada ha aparecido en nuestro teatro que á las obras de Echegaray se sobreponga y las eclipse. ¿Qué autor ha conmovido y apasionado más á los espectadores? ¿Quién ha sido más frenéticamente aplaudido y vitoreado?

Y no ha de suponerse que esta superioridad es relativa y consiste en nuestra decadencia. En España habrá decadencia política, decadencia en la acción, por causas difíciles de investigar; pero no hay decadencia en el pensamiento, sobre todo en artes y letras.

Tal vez en más severas disciplinas, que exigen mucha paciencia y estudio, pueda notarse entre nosotros abatimiento ó atraso, al que contribuye la sobrado indulgente benevolencia de los que enseñan; pero en literatura, en todo lo que crea espontáneamente el ingenio humano, estamos al nivel, ya que no más alto, que las Naciones más cultas. Echegaray no ha descollado, pues, ni descuella en el teatro, por el corto valer de sus rivales. Si no temiese incurrir en la nota de adulador, yo citaría aquí nombres para justificar mi aserto.

Fuera de España, hasta donde yo he llegado á entender, no me parece que haya tampoco dramaturgos que sobre Echegaray puedan colocarse. Si los dramas de Echegaray tienen lunares y faltas, ellos también las tienen.

Aun conviniendo con sujetos muy descontentadizos en notar extravío en la corriente que lleva hoy el pensamiento humano, manido por la inspiración artística; aun dando por seguro algo de lastimosa inclinación á lo monstruoso y á lo feo, y algo de perversión en el buen gusto y en la serenidad luminosa del alma, todo ello, es mal tan extendido y arraigado, que casi no tiene remedio, y menos que nadie puede aplicarle el autor dramático que necesita seguir la moda y no ir contra ella, para ser aplaudido por sus contemporáneos, sin dedicarse á escribir severamente para la posteridad, ó dígame para un público selecto y eterno y no para el vulgo.

No he de hacer yo el análisis de los dramas de Echegaray. Quiero aceptar cuanto dice de ellos el más juicioso, en mi sentir, entre todos los críticos de la literatura española contemporánea, el que no calla, sino manifiesta y censura los defectos todos del poeta, y el que nadie podrá recusar por partidario suyo, por librepensador, por modernista, por prendado de nuevas y atrevidas ideas de revolución y de progreso. En suma, yo quiero atenerme y conformarme al juicio sobre Echegaray del reverendo padre agustino Francisco Blanco García.

Pues bien, aun aceptada esta conformidad, bien puede cual-

quiera adherirse al homenaje que hoy se tributa al poeta. Es merecido porque los aciertos y excelencias de sus obras superan con mucho á las faltas, aun ponderadas y abultadas éstas por el sentimiento religioso y conservador de que no podía desprenderse un sacerdote.

Hasta la originalidad castiza é individual de Echegaray queda demostrada y realzada por el padre Blanco García. Echegaray es él y no sigue ni recuerda á nadie. Si se parece á alguien es á Víctor Hugo; pero no como discípulo, sino como hermano.

El triunfo de Echegaray es, por consiguiente, justo y merecido. ¿Qué poeta dramático hay en Europa en el día, que sobre Víctor Hugo ó sobre el mismo Echegaray se levante?

Sobre la oportunidad del triunfo algo diría yo, si no temiese pecar de prolijo.

Confieso que en un principio no me pareció bien que dies e ocasión á dicho triunfo el haber logrado Echegaray la mitad del premio Nobel, compartiéndole con Mistral. Pero hasta en esto soy poco venturoso, y tengo hartó á mi pesar que dejar patente á mi ignorancia. Yo no sé absolutamente nada de lengua y literatura provenzales. Para mí queda tan oculto el mérito de Mistral como el de cualquier poeta japonés ó chino que pueda vivir ahora. No puedo, por tanto, apreciar los grados de valer que concede á Echegaray la Academia Sueca, ni velándole con un poeta regional, que será elegantísimo é inspirado, pero cuyos primores, bellezas y galas desconozco.

De todas maneras, yo estoy muy lejos de pensar que no debamos gratitud á la Academia Sueca por haberse acordado de nosotros, ahora que estamos algo abatidos, y por haber premiado á nuestro compatriota, aunque haya sido á medias.

Años há que debíamos saber y apreciar el mérito de Echegaray, sin que la Academia Sueca nos lo declarase.

Pronto, no obstante, he desechado yo tan arrogantes cavilaciones y he aprobado como el que más la oportunidad del triunfo que ahora celebramos, sin tildar de humilde el sentimiento que le motiva.

¿Qué hemos de hacer sino alegrarnos de que en las naciones extranjeras vuelvan á hacernos alguna justicia? Nosotros mismos nos hemos menospreciado y nos menospreciamos aún.

Regiones hay en esta Península y vastísimos territorios en América que fueron españoles, donde se pone en duda la fertilidad y elevación de nuestra inteligencia, la importancia de nuestra cultura y hasta la riqueza y aptitud de nuestro idioma nacional para expresar los alambicados conceptos y las filosofías sublimes que nacen y bullen en los cerebros de ahora: en la juventud intelectual modernista y cosmopolita.

Bueno es, pues, y muy oportuno que nos regocijemos, mostrándonos agradecidos y ufanos de que allá en Suecia se les ocurra alentarnos y consolarnos, declarando que hay todavía en el corazón de Castilla un dramaturgo insigne, castizo, que no imita sino que compite y tal vez vence á los extranjeros y que continúa sin solución de continuidad el secular florecimiento de nuestro teatro, el más rico, espontáneo y glorioso que ha habido en el mundo.

Dispense usted, mi querido amigo, la prolijidad de esta carta, que ciertamente no deseaba usted que fuese tan extensa; pero tal como es, aún se me queda muchísimo por decir. Baste, con todo lo que dejo dicho, para que se sepa, si le importa saberlo á alguien, que me adhiero al homenaje y que le creo merecido y hasta oportuno.

Soy siempre de usted afectísimo amigo y antiguo subordinado.—Juan Valera.»

Discurso de Ramón y Cajal.

Terminada la lectura, levantóse para leer un trabajo suyo D. Santiago Ramón y Cajal, y con él se alzó la concurrencia en masa, prorrumpiendo en aclamaciones delirantes para el sabio doctor, cuyo nombre pone muy alto en el mundo científico el nombre de la ciencia española.

La ovación duró largo rato, siendo cortada, al fin, por la palabra del Sr. Ramón y Cajal.

«Señores:

Sin títulos justificativos de mi intervención en este solemne homenaje literario, y movido no más por un sentimiento de veneración y entusiasmo, voy á decir algunas muy desaliñadas, pero muy cordiales frases en honor del eximio maestro.

Como en todos los vigorosos talentos desbordantes de actividad, conviven en Echegaray varias personalidades: el matemático, el Ingeniero, el orador, el poeta, el dramaturgo y el vulgarizador científico.

A poco que meditemos, hallaremos muy natural semejante pluralidad de actividades. Los espíritus esclarecidos y codiciosos de gloria no pueden avenirse, como las individualidades vulgares, á cursar indefinidamente la mezquina y monótona pista de una especialidad profesional; ansian dar la vuelta al mundo de las ideas, y saturar su insaciable curiosidad contemplando embelesados todas las estrellas de la Ciencia y todas las flores del Arte.

Claro es que yo no he de intentar siquiera seguir á tan animoso viajero como el Sr. Echegaray en su fecunda y pintoresca exploración á través del Universo de la Ciencia. Quédese para otros, más autorizados y competentes, narrar y poner en su punto las gestas y los méritos sobresalientes del matemático, del orador y del dramaturgo. Modesto pedagogo, yo me limitaré á enfocar al pedagogo, es decir, al brillante periodista científico, al entusiasta é incomparable divulgador de las conquistas de la moderna civilización.

No es floja tarea vocear elocuentemente en el libre ambiente de la calle las verdades fecundas arrancadas á la Naturaleza en el laboratorio del físico. Difundir la ciencia abstrusa diluyéndola, clarificándola y sazónándola con el condimento del arte para que sea saboreada por el vulgo y atraiga corazones é ilumine inteligencias, empresa es que reclama aptitudes especialísimas, dotes de literato y de maestro nada vulgares. El propagandista científico ha de ser un sabio forrado de poeta; por igual debe conocer la psicología enrevesada del investigador y la ingenua y sencilla del ignorante.

No logrará éxito en la empresa de cautivar y pulir entendimientos, si carece de vigorosas alas intelectuales para remontarse al cielo de la especulación científica, y de fantasía viva, plástica, creadora, capaz de forjar la imagen sensible, la comparación feliz, en cuya virtud lo abstracto se convierte en concreto y lo inimaginable en imaginable. Que sólo amamos lo que comprendemos, y comprender es comparar, es identificar un fenómeno desconocido con otro conocido, es tratar una serie de imágenes aisladas en la conciencia con los eslabones de la condicionalidad mecánica, la más accesible á nuestra inteligencia.

Tan peregrinas y, al parecer, contradictorias aptitudes, combínanse felizmente en el espíritu de Echegaray, y se ponen de realce en todas las páginas de sus libros, folletos y artículos periodísticos.

¿Quién no recuerda gratamente aquel admirable libro *Sobre las teorías de la Física*, en que con estilo tan diáfano, tan sugestivo, tan simpático, explica Echegaray el principio y fundamento de los grandes inventos modernos; presenta la fase actual de nuestras teorías y conocimientos sobre la luz, el calor, la electricidad, la transformación de la energía; señala los rumbos y horizontes de la futura investigación y proclama, en fin, la soberana grandeza del método experimental?

¿Quién entre los que me escuchan, por poco aficionado que sea á los grandes problemas de la ciencia aplicada, no habrá saboreado con delicia las luminosas crónicas y artículos del maestro publicados en la prensa diaria, concernientes á la locomotora, bicicletas y automóviles, máquinas eléctricas, navegación aérea, transmisión de la energía á distancia y otros muchos temas á cual más actuales é interesantes?

Yo de mí sé decir que gracias á la singular virtualidad de Echegaray para simplificar los problemas más intrincados, y á

la maestría é ingenio con que, hasta en las fórmulas enrevesadas de la termodinámica, sabe hallar imágenes vulgares y expresivas, resultáronme llanos y fáciles conceptos científicos que diaté al principio bien oscuros y casi inabordables.

No menos relevantes y notorias son sus aptitudes de profesor y de conferenciante de altos vuelos. Díganlo si no los discípulos que, llenos de fervor, asistieron á los cursos de Álgebra superior profesados por el maestro en esta misma *Escuela de Estudios Superiores*. Tan culto y escogido auditorio, en el que figuraron aventajados Ingenieros, se hace lenguas de la profundidad de sus análisis, de la elegancia y novedad de sus demostraciones, de la claridad y amenidad de su estilo didáctico.

En este simpática apostolado de la ciencia, Echegaray empareja únicamente con Tyndall, el célebre físico y conferenciante inglés. Á semejanza de éste, posee maravillosa adaptabilidad al ambiente moral, además del inestimable privilegio de descubrir luminosas armonías y exquisitas flores de arte en los más vulgares y prosaicos fenómenos. Pero nuestro Tyndall es todavía más poeta y orador que el maestro anglosajón, á quien aventaja en gracia y soltura de dicción, potencia sintética y creadora y gusto acendrado de la forma.

Asómbranse algunos de que un Ingeniero, un físico, un geómetra, cuya fantasía debiera haberse agotado al peregrinar por el páramo adusto de las fórmulas algebraicas, haya cultivado tan primorosa y gallardamente la poesía. Mas á quienes se admiran de tan feliz conjunción de facultades, podría preguntárseles si conocen por ventura algún talento científico superior que no tenga algo y aun mucho de poeta.

¿Qué es, en definitiva, la ciencia sino una poesía honda, clarividente, infinitamente ambiciosa? Penetrando en el fondo de las cosas se nos aparece el científico cual vate inspirado que, arrasado por la sed inextinguible del ideal, rasga irreverente, con el escarpelo del análisis, el misterioso velo que nos oculta las realidades eternas. Mas, á diferencia del poeta de las apariencias, el poeta científico no entona admirativas y enfáticas estrofas al murmurante arroyuelo ó á los pálidos destellos de Diana: quiere anegarse de una vez en el piélago insondable de la belleza y deslumbrarse hasta cegar en el poderoso lumínar de la verdad. Amante heroico de la energía cósmica, prefiere abrársese como Empedocles en el volcán de la luz, á contemplar de lejos sus grises humaredas y macilentos reflejos.

Obra loable, no sólo de cultura social, sino de acendrado y altísimo patriotismo, es difundir la ciencia en el pueblo. Elevar el nivel medio del saber, vale tanto como fabricar ese ambiente tibio, luminoso é impregnado de amor, donde exclusivamente prospera la delicada flor del genio filosófico y científico; flor que no abre su cáliz ó se marchita y muere en la estepa solitaria de la indiferencia ó en la tenebrosa caverna de la incultura. Comparable á las cimas gigantes, el genio emerge de ordinario en las altas mesetas del saber colectivo.

Por donde se ve que, si urge accidentar la orografía nacional, cortada de mediocres cordilleras, con poderosas Himalayas del espíritu, urge todavía más alzar cimas en las conciencias, para que todos podamos contemplarlos, admirarlos y saludarlos de lejos. Bien venido sea el talento original que en alas de noble ambición y ansia de gloria trata de elevarse; pero los que vivimos en el llano no debemos olvidar que, cualquiera que sea su fuerza ascensional, no se remontará casi nunca más arriba del pedestal de amor de antemano alzado en nuestros corazones.

Porque, ¿quién tendrá entereza y abnegación bastantes para librar batallas espirituales por la raza en el palanque internacional de la Ciencia, del Arte ó de la industria originales, si al entonar la bética romanza no se siente acompañado por el susurrante coro de excitaciones y alabanzas de los suyos?

¡Loor, pues, al genial escritor é ilustre científico que supo producir ideas originales y abonar con generosa propaganda el campo de las ajenas! ¡Gloria al trabajador incansable que no se mostró jamás avaro de sus luces ni escatimó el concurso de su talento en pro de ninguna obra educadora y patriótica; al que en

días de amargura y tribulación, tuvo fe robusta en los altos destinos de la Patria; al que desde esta misma tribuna y en ocasión solemne nos alentó, con paternales y viriles acentos, á luchar y trabajar!

Hoy mismo el ilustre anciano nos da confortador ejemplo de laboriosidad y perseverancia. Vedle casi en el umbral de la senectud aprestarse, con bríos juveniles, á regentar su nueva cátedra de la Universidad y á combatir desde las primeras filas en esta redentora campaña por la cultura y elevación nacional.

Sigámosle, pues, con resolución. Troquemos la tradicional pereza en indomable energía. Nos lo exige la Patria, cuya gloria y prosperidad no son otra cosa que la síntesis augusta del amor y de la abnegación de todos sus hijos. Como la industriosa abeja, al beneficiar el jardín del trabajo, libemos en nuestro provecho, pero libemos también en pro de la colmena.

¡Que nuestra palabra y nuestro pensamiento, enérgicos y vibrantes por la exaltación patriótica, resuenen tan reciamente que sean oídos en el pasado y en el porvenir, estremeciendo cual beso filial el alma de los muertos ilustres y acariciando á guisa de suave y deleitosa música el corazón agradecido de nuestros descendientes!

Yo bien sé que en esta labor redentora no á todos está reservado ser Echegaray. Pocos tendrán suficiente caudal intelectual para elevar á las nubes una pirámide semejante á la de Cleopas; pero, si en ello nos empeñamos, todos seremos capaces de pulir y decorar, con personal originalidad, en ese poliedro de infinito número de caras que se llama *mundo del saber*, una minúscula faceta en la cual la posteridad agradecida grabe nuestro nombre.

Una palabra aún á la juventud, para concluir. No os abata ni enerve el recuerdo de pasadas amarguras. La Historia nos enseña que sólo fenecen las naciones en cuyas almas se apagó enteramente, con el sol de la esperanza, la llama de la voluntad.

Si por ventura, en medio de la tarea redentora, os asaltan evocaciones dolorosas, redoblad vuestra actividad; que sólo el trabajo enérgico hace olvidar y crea la serenidad de espíritu necesaria para proseguir la lucha.

Cuando al declinar de la tarde, rendidos por agitación infundada, abatidos por dolorosas remembranzas, vemos al astro rey trasponer melancólicamente el horizonte, envuelto en nubes de gualda y rojo, colores de la bandera española, surge en la fantasía conturbada por la emoción, la visión trágica de una patria desventurada que no hunde en el abismo de la muerte; pero dejemos que la noche y el descanso apaguen la vibración del dolor; marchemos con la aurora, apercebidos los brazos y desperezado el entendimiento, camino del taller ó del laboratorio; y al sorprender de nuevo el sol naciente, adornarse y ufanarse otra vez con celajes de oro y grana, colores de la española bandera, sentiremos en la voluntad algo así como el despuntar de otra alborada, y elevarse en el cielo de la conciencia la imagen excelsa de la patria, bella y sonriente como una esperanza, gloriosa y radiante como una resurrección. He dicho.»

El discurso del eminente histólogo fué varias veces interrumpido por las calurosas muestras de aprobación del auditorio, y éste volvió á tributarle al final entusiastas aclamaciones y aplausos frenéticos.

El Sr. Ramón y Cajal hizo ademán de ceder aquel homenaje á D. José Echegaray.

Discurso de Caldós.

Acto seguido, D. Juan Antonio Cavestany subió al estrado presidencial con objeto de dar lectura al discurso del Sr. Pérez Galdós, y la concurrencia púsose nuevamente en pie ovacionando al insigne autor de los *Episodios Nacionales*. Tan afectuosa y entusiasta como la manifestación tributada á Cajal, fué la dispensada al soberano novelista.

Á cada párrafo, y Cavestany los leía maravillosamente, un trueno de aplausos conmovía el recinto.

«Ya es tiempo de que los españoles ilustres reciban de sus

contemporáneos el laurel sagrado, símbolo de celebridad y veneración; ya es tiempo de que estos honores se tributen en vida de los que los merecen, para que la presencia real del hombre glorificado, y no su imagen fría, reciba de lleno, cara á cara, el aplauso de la muchedumbre social, con unánime voz de todas sus clases y jerarquías; tiempo es de que la patria, madre tutelar y cariñosa, exprese públicamente al hijo predilecto el orgullo de tenerle por suyo, y de ver enaltecida en él la gran familia española. Arrebatemos á la muerte su tardía sanción del mérito, y no aguardemos, perezosos é ingratos, á los honores póstumos, que no son más que el remordimiento nacional por el olvido en que tenemos á nuestros coetáneos gloriosos mientras existen.

Para llegar á la plena cultura, enmendemos los errores de nuestros antepasados, honrando en vida á los que alcanzaron las cumbres de la ciencia y el arte. Si cada generación hubiera sabido honrar á los suyos, no miraríamos hoy con desconsuelo y vergüenza la enorme fosa callada y anónima, ni buscaríamos inútilmente en ella los huesos de Cervantes, de Lope y de Velázquez.... Enaltezcamos la vida, honremos á los que viven, deseándoles vida más larga, para que logren después de nuestro homenaje mayor y más gloriosa duración de sus existencias, y sean emblemas vivos de la perpetuidad de nuestra nación y de la robustez intelectual de nuestra raza.

Si en la posteridad está el claro día de la justicia, desde aquí vemos la aurora de ese día grande que ha de dar sentencia sobre una vida extraordinariamente laboriosa y fecunda, formada por cincuenta años de trabajo científico y treinta de labor literaria. Proclamado viene ya desde el siglo XIX, con caluroso estruendo el nombre de Echegaray, y el XX agranda su fama, y en nuestros días, distinciones extranjeras y recompensas que aquí llegan por primera vez desde que existimos, llevan ese mismo nombre á confines distantes y nos lo devuelven alterado ya por un acento de universalidad, que suena gratamente en nuestros oídos. Celebremos con júbilo esta proyección del vivir español más allá de las fronteras, y veamos en ello el comienzo de una compensación histórica, pues si nuestros dominios se han acortado por desdicha en el concepto territorial, algún pedazo de tierra parece que quieren darnos en la geografía de la inteligencia.

Signo de nuestra edad es la inquietud, la impaciencia, e afán ardoroso por encontrar el secreto de una renovación intelectual y moral. La renovación vendrá, no lo dudemos. Mas no queramos arrebatár al tiempo su acción soberana; no alimentemos la ilusión de poder lograr en días lo que no hicimos en años de indiferencia y de ciega confianza. La mejor vida que anhelamos no podrá venir sino por los métodos pausados con que se transforma el sentir y el pensar de los pueblos. Y si la educación nacional es el sol de nuestra esperanza, reconozcamos que los primeros esplendores nos los han de traer el arte, la poesía, el florecimiento literario y científico. Reconozcamos asimismo que la primera señal de un despertar dichoso á la vida de los países cultos, es este galardón solemne, ofrecido por la ciencia y la literatura al prodigioso entendimiento que en una y otra resplandece con viva luz. Honrando al maestro nos honramos todos. Hay en la gloria de los grandes hombres algo que es colectivo y á todos nos alcanza, ya en la forma de estímulos, ya en la de admiración. Es la admiración cualidad en los individuos, en los pueblos virtud fortificante, y tan esencial, que los que por falta de instrucción no pudieron adquirirla ó la han perdido por estragamiento, están condenados á vivir en esterilidad triste. Como el amor es fundamento de la fe cristiana, la admiración lo es de la fe artística. Y si la fe tiene en todas las religiones su culto con formas sugestivas, y el culto fiestas memorables que sirven de unión á los fieles, tenga también la admiración su culto y sus fiestas grandiosas, como esta que celebráis en honor del dramaturgo insigne.

Las primeras alabanzas que yo pronuncie en esta fiesta sean para recordaros la gallarda benevolencia con que D. José Echegaray ha querido alentar y honrar á los que tras él, á distancia

de tiempo y á mayor distancia de calidad, trabajaban por adquirir un nombre y el aprecio del público. Ejemplo de esto hallamos en días lejanos, cuando ya D. José había levantado parte considerable del monumento de su fama. Mi buena memoria de los favores recibidos me permite relatar fielmente un hecho que hoy debe salir del olvido, y lo haré confiado en que me daréis licencia para hablar de mi mismo brevemente; así lo exige la reconstrucción del caso. Veintidos años há, en Marzo de 1833, cuando el que esto escribe andaba ya muy metido en el trajín literario, amigos generosos discurrieron festejarle, en franca demostración de simpatía por su perseverancia. Tuvo la idea buen acogimiento, y el acto resultó brillante, cordial, afectuoso. Hombres eminentes honraron aquel festejo con su presencia altísima, entre ellos D. José Echegaray, á quien veo y oigo todavía, sintiéndome abrumado por el grandor de su estatura literaria. En los días que recuerdo, ya D. José había dado al mundo las más famosas obras de su primera época *O locura ó santidad*, *La muerte en los labios*, *En el seno de la muerte*, *El gran galeoto*, y la persona del creador de aquellos dramas de emoción intensísima ante mí se agigantaba, y mi estupor llegaba al espanto al verme mirado tan de cerca por el grande hombre y al oír las cláusulas de elocuencia fogosa que fulminaba sobre mí. Le veía como un titán que sobre mi pobre cabeza esgrimía y volteaba el rayo de sus elogios, y aunque yo, atónito y consternado, trataba de achicarme recogíendome todo lo que podía y haciéndome del tamaño de un cañamón, hasta mi pequeñez, con furibunda generosidad me perseguía. Comprenderéis que esta impresión ha debido perdurar en quien la recibió, sin amenguarse á través de los años, y que con ello ha debido perdurar también y fortalecerse la gratitud, flor primera de los corazones, que nos ennoblece si la cultivamos con esmero; mas dejándola secar, quedamos convertidos en suelo árido, sin savia para la vida general y aun para el arte mismo.

Pocos ejemplos habrá en la historia del trabajo humano como el de este hombre, que después de consagrar toda su juventud al estudio de la ciencia, llegando á dominar las más áridas abstracciones, se lanza intrépido á la creación dramática, burlando al tiempo casi en la madurez de la vida y obteniendo de él, como por sorpresa ó por magia, nueva juventud, con el arranque impetuoso que es patrimonio de los años floridos. En Echegaray hemos de reconocer dos juventudes, como también dos vidas, desarrollándose al fin en curso paralelo y aplicadas á labores tan contrarias como la exactitud fría de la ciencia y el bello desorden de un arte todo fuego y pasión. Es asombroso que en un cerebro convivan dos formas tan distintas del pensamiento, las cuales en ningún punto pueden al parecer hallar contacto y armonía, como no busquemos ésta en las más recónditas sutilezas del espíritu humano. Siempre fué este raro dualismo la más peregrina condición de este hombre extraordinario, en ambas vidas eminente, por especial don de la Naturaleza. Cumplidos ya los cuarenta años de su laboriosa existencia, penetró en el campo de la literatura dramática, no con la timidez del que solicita un puesto para probar y lucir su dudoso ingenio, sino como el conquistador que da sus primeros pasos con la confianza de dominar el terreno que pisa. Si fuera lícito comparar estas empresas del arte con las invasiones históricas, diría que entró Echegaray en los dominios del teatro como Atila impetuoso, como Tamerlán furibundo, asolando cuanto al paso encontraba.

Ante las emociones desgarradoras y los conflictos de afectos ardientes y de deberes adustos que Echegaray trajo á la escena, arrojando en ella drama tras drama con fecundidad aterradora, flaquearon y se oscurecieron las formas del teatro imperante en todo el reinado de Doña Isabel II; arte tímido y ecléctico, ajustado por una parte á las medidas moratinescas y bretonianas, por otra forjado en una moral encogida y gazmoña. Volvían de improviso las arremetidas caballerescas, la soberanía de la pasión, el ardid violento y la temeraria inquietud de las voluntades desmandadas, que atropellan el querer ajeno y corren á su fin, bordeando la ley cristiana hasta caer en el seno de la Fatalidad.

En el teatro de Echegaray el sentimiento trágico atrae á sus abismos la vida pasional representada en escenas de ardoroso interés, y en ese abismo caen todos los asuntos, así los de costumbres pasadas como los de modernas costumbres. Sin duda se ajusta este sistema al carácter castizo de la vida española, desordenada, impulsiva y esencialmente teatral en sus aspectos privado y público; vida que aún conserva reminiscencias medioevales, deijos y resabios del temperamento islamita, y con todo ello intenta su dificultosa penetración en la cultura europea. Un pueblo gobernado por las pasiones ó por las ideas apasionadas, extremado en el amor y el odio, justiciero, sentimental en las dos formas enérgicas de castigo y venganza, poco sensible á la efusión de sangre así propia como ajena, fiero, impaciente, batallador, como lo prueban las espantosas guerras civiles del pasado siglo y las continuas reyertas trágicas entre personas; un pueblo que además es pródigo en alardes generosos, que con las manos ensangrentadas invoca al cielo, y que en medio de las miserias de una realidad dolorosa lanza su espíritu tras los rosados ideales, tuvo primero en Calderón, después en Echegaray, su más acertado intérprete y su más fiel retratista.

Después de Calderón, nadie ha poseído como Echegaray el sentimiento de la situación dramática. Maestro es en el careo de las almas, en el chocar siniestro del acaso con la previsión, del silencio de las conciencias con el bullicio de las pasiones. Á la situación dramática va Echegaray sin darse cuenta de ello, movido por genial impulso, al cual añade pronto una destreza inaudita para dirigir y gobernar esa máquina delicadísima del teatro que tan fácilmente se quiebra ó se descompone en manos inexpertas; máquina viva y sutil, de impalpables hilos vibrantes, que es como una imitación del aspecto nervioso de nuestra existencia. Incansable y fecundísimo, ha dado al público más de sesenta obras en treinta años, obteniendo en la mayor parte de ellas triunfos delirantes. El curso impetuoso de ese caudal ha pasado y aún pasa junto á nosotros dándonos idea del inagotable manantial en que tiene su origen. Es tan rica en asuntos su fantasía, que ni los éxitos fácilmente obtenidos, ni los regateados sugirieron la idea del reposo á esa voluntad nunca vacilante. Á ese corazón en que arde el entusiasmo artístico como hoguera inextinguible. ¡Peregrino ejemplo de juventud perpetua, de ardor laborioso y de confianza en la propia fuerza! Evocador de las luchas efectivas, su mente le sugiere con vena fácil los conflictos lastimosos, los tremendos dilemas difícilmente reducibles en el organismo social y esas tangencias desdichadas de las líneas rectas y las líneas curvas que las acciones humanas trazan en su camino.

Aunque el temperamento poético de Echegaray es de los que parecen inflexibles por su propio vigor y robustez, el gran dramaturgo ha dejado marcar en la segunda mitad de su inmensa labor una derivación reflexiva hacia las formas comunes de la vida corriente; separándose de la tensión heroica y de la hiperhemia pasional. En esta reencarnación de sí mismo ha hecho gala el poeta de añadir á su constante procedimiento la ternura, el gracioso divagar de la conversación mundana y perfiles cómicos de superior encanto.

Mas la tragedia estalla entre flores, y éstas son al fin vivamente arrebatadas por el numen ingénito hacia un espacio tempestuoso, en que se cruzan oscuras nubes con fulgores deslumbrantes. Sólo en dos de sus obras desobedece Echegaray la rígida ley de su temperamento artístico, encadenando el drama yteniéndolo bien sujeto entre bastidores, donde despierto y vigilante deja oír alguna vez su ardiente resoplido. Estas obras son *Un crítico incipiente* y *Sic vos non vocis*, joyas ambas de inestimable precio. En la primera nos presenta el reverso del teatro y de la crítica, las emociones, las luchas escénicas vistas por el lado íntimo y doméstico; en la segunda, un bello paisaje con figuras ingenuas que nos enseñan el triunfo de la Naturaleza sobre el artificio social. Singular encanto hallamos en estas obras y en su graciosa placidez. Su autor aparece en ellas con tranquila majestad, y en esta majestad quieta le alabamos y enaltecemos

tanto como en sus dramas de intenso dolor y sacudidas patéticas, que si es hermoso el león en su furia, no lo es menos en su descanso.

Ha surgido esta solemnidad de un secreto estímulo del cuerpo social, ávido de mostrar gratitud y cariño á quien es estrella de primera magnitud en las dos constelaciones más visibles del cielo intelectual: el arte y la ciencia. Bien venido sea ese estímulo. Todas las cualidades de un pueblo serán ineficaces si le falta conciencia, estimulación de sí mismo, y si no consagra y perpetúa, como timbres de la raza, los méritos de su hijos ilustres. Sea esta solemnidad antídoto contra el pesimismo desgarrador, delirio de nuestro tiempo, que ha entrado aquí como una epidemia, como una moda lúgubre, traída de los infiernos, moda que consiste en pintarnos las caras de negro, para que unos á otros nos inspiremos horror, y acabemos por declararnos la más depravada gente del mundo, raza descompuesta y conciuida, á la que deba poner la Historia un tremendo *Aquí yace*.

Declarémonos en rebeldía enérgica contra esa negra opinión de nosotros mismos, y reconozcamos y afirmemos que España puede aún, y podrá más cada día, llevar ideas fecundas y acciones gloriosas á los futuros desarrollos de la humanidad. Sublevémonos con indignación cuando oigamos que se quiere cerrar el ciclo de la vida española, así en el orden militar como en el civil, así en la actividad colectiva como en la individual. Pronunciemos con toda la fuerza de la voz el *non omnis moriar*, y si vemos que, al parecer, todo duerme y se estaciona, celebremos que la ciencia y las artes sean las primeras en romper el fúnebre silencio y en sacudir el letargo perezoso.

No me incumbe señalar los progresos de la ciencia, el noble afán con que maestros y discípulos se aplican á desentrañar las verdades del mundo físico consagrando á su estudio toda la existencia. De las letras sí puedo decir que nunca hubo entre nosotros mayor plenitud de vida, mayor suma de esfuerzos diferentes en variadas y generosas tendencias. Sin duda por el exceso de florecencia intelectual, en días turbados por el flujo y reflujo de las ideas estéticas, es mayor el hervidero de las disputas, y se manifiesta con más nerviosa vivacidad la impaciencia de los que entran en filas. Florido y lozano es hoy el campo de las letras españolas por cualquier parte que se le mire, y como en este campo el idioma es la verdadera Patria, saliéndose de los lindes del viaje terruño nacional, vemos extendida por grandes regiones de América la nacionalidad literaria con lejanas fronteras. En los países que reconocen á España por madre, reverdecen con nuevo vigor las manifestaciones de la lírica, y allá y aquí las diversas formas del pensamiento dan muestra de su aliento y fecundidad. El ensanche de estos Estados del idioma se debe en gran parte al Teatro, que con Echegaray á la cabeza ha recorrido victorioso el mundo hispánico, recogiendo por medio de la emoción todas las almas para fundirlas y hacer con el conjunto de ellas un alma sola.

Añadiendo á las Letras la Música, la Pintura y Escultura, tenemos más extensos dominios, que es preciso fomentar y sostener, trabajando aquí, en nuestra propia casa y solar venerable. Cuidemos de que en este solar que á todos nos sustenta no entre la discordia. Reunamos toda esta vida variada y rica, para hacer con ella un haz inmenso. Que la insigne personalidad hoy proclamada en España y en América para ofrecerla á la admiración del mundo, sea piedra y fundamento de esta federación de la inteligencia, y que esta solemnidad deje para siempre en nosotros un contento inefable. No queremos ser tristes, ni recelosos, ni pesimistas, sino confiados, crédulos y alegres. Unidos el nombre glorioso de Echegaray y el nombre de España, resuenen hoy como un himno de triunfal alegría.—B. Pérez Galdós.»

Una ovación cerrada, clamorosa, unánime, coronó el trabajo del eximio maestro, á quien el Rey estrechó efusivamente la mano.

Menéndez Pelayo.

D. Serafín Alvarez Quintero ocupó nuevamente la tribuna, leyendo con la pericia de antes esta carta del gran Marcelino Pelayo, cuyo homenaje, por motivos que no vienen al caso, tenía y tiene altísimo precio.

«Sr. D. Segismundo Moret y Prendergast.

Mi distinguido amigo: La justa recompensa con que el fallo imparcial de una Academia extranjera ha condenado la labor científica y literaria de D. José Echegaray, debe ser motivo de regocijo para todos los españoles que en algo estimen la cultura y el buen nombre de su patria.

El unánime y desacostumbrado entusiasmo con que nuestro pueblo ha respondido á nobles estímulos de orden puramente intelectual, asociándose todos, grandes y pequeños, á este memorable triunfo de la ciencia y del ingenio, es un sistema del despertamiento del alma de nuestra raza, que parecía aletargada por el egoísmo, envuelta en las sombras de la desesperación y olvidada de todo ideal colectivo.

Quede para los maestros de las ciencias exactas y experimentales aquilatar los méritos de D. José Echegaray en las altas especulaciones matemáticas y en el cultivo de la física. Yo le admiro, sobre todo, como vulgarizador elocuentísimo, como escritor popular de materias didácticas, como gran poeta de la ciencia, semejante en algún modo á aquellos sabios de la antigüedad en quienes la intuición científica se confundía con la intuición poética y los llevaba á investigar el gran arcano de la Naturaleza por el doble camino de la visión estética y del raciocinio inductivo. Pocos libros tan adecuados para la educación popular como las *Teorías modernas de la Física*, que á la vez que nos inician en los rudimentos de la ciencia, abren á la imaginación perspectivas infinitas, haciéndola entrever la síntesis suprema de las fuerzas naturales.

El poderoso y sintético entendimiento del Sr. Echegaray, que le hace descollar en cualquier materia á que se aplique, dándole á un tiempo los lauros de economista, orador político y hacendista, ha realizado, juntamente con su voluntad de hierro, el prodigio de convertirle, á la mitad de la carrera de su vida, en poeta dramático, no aficionado y de ocasión, sino tan perseverante y fecundo que su teatro llena una época de nuestros anales escénicos. Durante treinta años ha sido el dictador, el árbitro, el corifeo, el aclamado por la multitud. Tal dominación no se alcanza sin una fuerza genial que triunfa en literatura como en todas partes: que se impone al espectador: que le subyuga y le hace entrar, de grado ó por violencia, en el mundo artificial de conflictos y catástrofes imaginado por el dramaturgo.

Podrá discutirse sobre el empleo de esta fuerza y las condiciones en que se desenvuelve; pero el mundo extraño y prestigioso que el Sr. Echegaray ha creado, las figuras siniestras y fatídicas que su musa romántica ha hecho desfilar por las tablas, la vida ardiente y febril que comunica á sus héroes, la eficacia y vigor de las situaciones trágicas, atestiguarán siempre el vuelo de una inspiración muy gallarda y de alto origen, que nunca pierde la dignidad idealista, ni aun en sus rumbos más excéntricos.

Voces elocuentísimas han de pregonar en el Ateneo los justos loores al Sr. Echegaray. Yo debo limitarme á enviar este humilde tributo de adhesión al homenaje que se prepara, suplicando á usted, querido amigo, que sea intérprete de mis sentimientos ante la Corporación que dignamente preside.

De usted afectísimo s. s.,—M. Menéndez Pelayo.—Madrid 17 de Marzo de 1905.

El Sr. Moret.

Después de los aplausos, muegos y muy vehementes, D. Segismundo Moret, Presidente del Ateneo, tomó la palabra.

El ilustre jefe liberal dividió su trabajo oratorio en tres partes, dedicadas respectivamente á describir á Echegaray como

científico, como dramaturgo, como orador y como hombre, y abrigó su peroración con anécdotas, frases y definiciones del autor de *La muerte en los labios*.

¡Qué transparencia de frase, qué lucidez de juicio!

¡Y qué tempestad de aplausos en el Ateneo!

Esa obra será de las que quedan como joya oratoria y como joya literaria.

Concluida la ovación, D. José, emocionado y abrumadísimo, dejó su asiento en medio de una delirante aclamación, y, cobrando pronto voz y ánimo, pronunció hermosas frases en las que rebosaba la ingenuidad más encantadora y el más sutil ingenio.

Ese *gran anciano*, no sólo por el vigor intelectual, sino por la resistencia física, será perpetuamente joven.

Discurso del Sr. Echegaray.

Habló y dijo:

«—Señores: Me faltan las fuerzas, tengo anulados la voluntad y el cuerpo; sólo mi corazón late de júbilo ante las pruebas de cariño con que me estáis honrando.

Después de mis setenta y tres años ¡que ya son años! y de cuarenta y ocho horas de homenaje ¡que ya son horas! (Grandes risas, estrepitosos aplausos), me encuentro sin alientos para expresar lo que siente mi corazón.

Ayer en el Senado, esta tarde en la Biblioteca y ahora en esta casa, que es la mía, con amigos que fueron, pero que ya no son, como Gabriel Rodríguez; con amigos que son aún, y tan cariñosos y buenos como Moret, me habéis honrado en demasía, os habéis excedido al recompensar mis méritos, que son escasos, y que no merecen este grandioso homenaje.

Soy un enamorado de la ciencia y me gusta usar de las imágenes para condensar mi pensamiento. Me permitiréis que use de una, para sintetizar lo que tal vez no pudiese sintetizar de otro modo.

Así como en la atmósfera pura y tranquila una lente recoge un rayo de luz y á través de su cristalina urdimbre le condensa en un punto, y luego coge otro y lo aprisiona en su misteriosa cárcel de cristal (Grandes aplausos), para hacerle converger en el mismo punto y otros y más, y la atmósfera se ilumina, sonríe y canta, sin saber que aquella luz es ella misma, que de ella misma procede. (Aplausos.)

Cierto que en esta imagen me doy un papel poco modesto, el de lente; pero poned un guijarro, y los rayos de luz se estrecharán en sus opacas moléculas y sólo sombras y negruras brotarán del choque.

Pero ¡ah!, es que ese guijarro puede convertirse en lente, puede aprisionar la luz; puede aclarar con el trabajo sus entrañas, así un cerebro pobre y oscuro puede brillar como el sol y dar productos beneficiosos á la humanidad.

El sol trabaja día y noche, para él no hay descanso, trabaja siempre, por eso no hay noche para él y su brillar es eterno. (Ovación delirante.)

Dos problemas me quedan por resolver, dos grandes problemas.

El por qué de este homenaje y lo que voy á hacer yo después del homenaje. (Grandes risas.)

No me explico la causa de esta grandiosa manifestación en honor mío, habiendo hombres aquí como Pérez Galdós y Ramón y Cajal. Á ellos debéis honrar; á mí, no. (Aplausos.)

Esta tarde, cuando el pueblo de Madrid en inmensa corriente llegaba hasta mí, me abrazaba, me daba la mano y me estrujaba, yo no tenía fuerzas para nada, daba la mano á todos sin darme cuenta..... era una arista empujada por la corriente, por la corriente envuelta..... una arista, sí, una arista..... (Estruendosa ovación.)

En aquella Biblioteca, allí dentro estaba el trabajo de los grandes pensadores, de los grandes literatos, de los grandes

hombres de Ciencia; largas horas de insomnio: lágrimas y dolores; y en todo ello, la inmortalidad.

Cuando á mí llegaba la multitud y me abrazaba, me faltaba la voz para decirles: «No os detengáis aquí..... seguid allá..... allá dentro..... allí están los genios á quienes debéis honrar con el homenaje.» (Prolongada ovación.)

Y ahora entra mi segundo problema: ¿Qué voy á hacer yo después del homenaje? (Risas.)

Pecaría de inmodesto si no reconociese que mi trabajo de toda la vida me ha conducido á la cúspide. En la cúspide estoy, y ahora comienzo á bajar. (Aplausos.)

Y bajaré, pero bajaré como he subido; bajaré trabajando, y al llegar al fin de la cuesta encontraré, ya lo sé, con los brazos abiertos á mis amigos de siempre, á todos estos que me rodean y que valen más que yo. Me gusta ser puntual en mis citas; pero ahora declaro que me alegraría hacerles esperar. (Risas y aplausos.)

Señor—dirigiéndose al Rey—ayer en el Senado y hoy en esta casa me habéis coronado con vuestra presencia. Mi gratitud será eterna, la llevaré siempre en el corazón. He dicho.»

Al concluir el Sr. Echegaray su discurso, todo el público se puso en pie y aclamó con entusiasmo al gran dramaturgo.

El Rey le estrechó la mano con efusión.

Poco después de las doce, terminaba la solemnidad académica, digno remate de la justa apoteosis que Echegaray ha alcanzado en vida.

En el Ateneo como en la calle, se habían congregado aquellas fuerzas, todavía no aplicadas, de quienes la España nueva puede y debe esperar todo.

LA PRENSA ANTE ECHEGARAY

La prensa periódica, con unanimidad perfecta y abriendo un paréntesis en la defensa de intereses, de partidos y de clases, ante el genio de Echegaray, se ha asociado al homenaje nacional tributado á aquel grande hombre y ha rendido justo tributo en sus columnas á los méritos y virtudes cívicas que le adornan.

Brillantemente representada en la Comisión organizadora designada para dar forma al deseo de expresar la satisfacción con que la Nación entera ha visto coronada su gloriosa carrera por uno de los más preciados premios que se otorgan á los hombres eminentes del mundo ha puesto cuanto estuvo de su parte, para realizar aquella manifestación y puede sentirse satisfecha del éxito á que tan principalmente ha contribuido.

La REVISTA DE OBRAS PÚBLICAS registra con complacencia la elevada conducta de sus colegas, que responde á la tradición constante de la prensa española, y al dirigirles en estos momentos de satisfacción el más cariñoso saludo, debe hacer mención especial, entre las revistas profesionales, de la *Revista Minera Metalúrgica y de Ingeniería* para agradecerle profundamente la cariñosa enhorabuena que dirige con este fausto motivo al Cuerpo de Ingenieros de Caminos, el cual, efectivamente, como el querido colega indica, se halla orgulloso de contar en su seno á D. José Echegaray, y expresa por nuestro conducto al brillante Cuerpo de Ingenieros de Minas, que aquella *Revista* representa, su gratitud, su consideración y su fraternidad.